

FRANCIS DELAISI

La Guerre qui Vient

por

Francis Delaisi

Reimpresión de la edición de

“La Guerre Sociale”

PARIS 1911

8. Rue Saint Joseph 8.

Edición española

La Guerra que se aproxima

con prólogo de un distinguido literato chileno
y un resumen de la obra

El Enigma de la Guerra

por don

Nestor E. Carrico

BUENOS AIRES 1916

Edición “A”

“SAPIENTI SAT”

NESTOR E. CARRICO

FRANCIS DELAISI

La Guerre qui Vient

por

Francis Delaisi

Reimpresión de la edición de

“La Guerre Sociale”

PARIS 1911

8. Rue Sain Joseph 8.

Edición española

La Guerra que se aproxima

con prólogo de un distinguido literato chileno
y un resumen de la obra

El Enigma de la Guerra

por don

Nestor E. Carrico

BUENOS AIRES 1916

Edición “A”

“SAPIENTI SAT”

NESTOR E. CARRICO

LA GUERRA QUE SE APROXIMA

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| 1. PRÓLOGO..... | 5 |
| 2. DOS PALABRAS del traductor español del libro francés..... | 29 |
| 3. FRANCIS DELAISI: “La guerre qui vient”: | |
| Introducción..... | 31 |
| El golpe de Delcassé..... | 32 |
| La prensa servil..... | 34 |
| El peligro actual..... | 35 |
| El duelo anglo-alemán..... | 36 |
| Las guerras de negocios..... | 36 |
| La industria inglesa contra la industria ale- mana..... | 37 |
| El Ferrocarril de Bagdad..... | 39 |
| Llamamiento al cañón..... | 40 |
| El bloqueo..... | 40 |
| La era de los dreadnoughts..... | 41 |
| La guerra a las fábricas..... | 42 |
| Las maniobras inglesas..... | 44 |
| Los puertos bases de Alemania..... | 45 |
| <i>La neutralidad de Bélgica</i> | 46 |
| La cuestión de Flesinga..... | 47 |
| <i>Inglaterra necesita nuestro Ejército</i> | 48 |
| Francia y Alemania..... | 52 |
| Nada de conflictos económicos..... | 53 |
| El sindicato franco-alemán de 1902..... | 55 |

| | |
|--|----|
| La visita de Eduardo VII..... | 56 |
| Los esfuerzos de Guillermo II..... | 57 |
| La salud del Imperio es la Bolsa de París.... | 58 |
| Doble guerra, doble gastos..... | 59 |
| Francia cogida en «rehenes»..... | 60 |
| La neutralidad es posible..... | 62 |
| El vértigo del absolutismo..... | 63 |
| Los financieros y la Alsacia Lorena..... | 64 |
| El precio de la sangre..... | 65 |
| <i>El «complot»</i> | 67 |
| <i>El plan</i> | 68 |
| La única probabilidad de paz..... | 71 |
| 4. NESTOR E. CARRICO: Resumen del tomo I de la obra “El Enigma de la Guerra”..... | 75 |

SUPLEMENTO

| | |
|---|----|
| Índice de la obra “El Enigma de la Guerra” por NESTOR E. CARRICO, 10 tomos... .. | 77 |
| Índice de la obra “La Significación de Alemania en la Guerra Europea” por el Dr. JUAN P. RA- mos, profesor suplente de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires..... | 78 |
| Literatura de actualidad..... | 79 |



1.

PRÓLOGO

El tiempo se ha encargado de ir descubriendo poco a poco impresiones y documentos que más tarde han de servir para hacer luz completa en el origen de los trágicos sucesos de que es víctima el mundo entero, y en especial la Europa, desde hace cerca de tres años. Las personas que por cualquiera razón han conservado libre el espíritu de prejuicios y se han dedicado a estudiar las causas originarias de la gran guerra, empiezan a llamar la atención del mundo hacia los hechos sociológicos, económicos o simplemente políticos, que han venido preparando la espantosa catástrofe y a deducir de sus investigaciones *la gran injusticia que se comete al atribuir sólo a los gobernantes alemanes toda la responsabilidad de los acontecimientos.*

Entre estas investigaciones no está de más llamar especialmente la atención hacia las del *escritor argentino, señor Carrico*, y al folleto del *profesor de Derecho Público de la misma nacionalidad, señor doctor Juan P. Ramos.*

Pero de más valor intrínseco para el lector desapasionado y aun para los enemigos más decididos de Alemania, es el folleto que se inserta a continuación, «*La que-*

rra que se aproxima», tanto por el hecho de haber sido escrito antes de la guerra, cuanto por ser obra de un francés, del distinguido periodista FRANCIS DELAISI, redactor de La Guerre Sociale, periódico que se publica en París.

La mayor parte de las personas que hablan o escriben sobre la guerra mundial, como se la ha calificado al entrar en ella nacionalidades de América, y que lo hacen para censurar la actitud del Imperio Alemán y de sus hombres de Estado, a quienes culpan por entero de los hechos acaecidos, se fundan únicamente en las deducciones que se desprenden de las notas diplomáticas y de los incidentes políticos ocurridos inmediatamente antes de producirse el conflicto militar. No se preocupan generalmente de estudiar la situación política anterior a la guerra, creada por los más diversos y encontrados intereses, tanto políticos como comerciales, propios a las distintas nacionalidades.

Obrar así, es como condenar a dos individuos que hayan llegado a las vías de hecho, por el solo juicio que se deduce de haber visto a uno dar el primer golpe a su contendor, pero sin estar al corriente de las palabras o actos que se hayan desarrollado con anterioridad a los hechos. En todo caso es un juicio superficial que podría servir, si se quiere, para satisfacer los propios sentimientos de simpatía hacia uno de ellos, pero jamás para condenar o absolver a ninguno de los interesados.

Al hacer apreciaciones sobre fenómenos sociales, y entre ellos se encuentran en primer lugar las guerras, hay que tener presente que se producen siempre tras larga gestación, y que en su desarrollo participan tantas y tan complejas causas, que los hombres por altamente colocados que se encuentren y por más sobresalientes que sean sus dotes intelectuales y de carácter, apenas

pueden modificarlas en mínima parte, y, por consiguiente, su actuación ante ellas se reduce a aprovechar ciertas circunstancias favorables o bien a prever los acontecimientos, de manera de poder prepararse para afrontarlos serenamente y con el mínimum de daños para la propia nación.

Sostener que una guerra de las proporciones de la actual puede haberla desencadenado por voluntad propia un solo individuo denota ignorancia, torpeza o prejuicio, que de ser efectivo transformaría a un ser humano en semidios o por lo menos en una personalidad revestida de atributos divinos.

Para juzgar los orígenes de la guerra, no toman en cuenta los enemigos de los Imperios Centrales, aun en los países que no están mezclados en ella, el desarrollo de la política europea antes de estallar las hostilidades o sea en el curso de los años transcurridos entre la guerra franco alemana de 1870 y la actual, tiempo mínimo que debe tomar en cuenta quien quiera emitir un juicio con mediano criterio histórico.

Nada de esto se hace: por el contrario, se leen de ligera las notas diplomáticas de los gobiernos y se considera la rápida invasión de Alemania en los países vecinos, llegándose a la conclusión tan fácil como desprovista de fundamento, de haber sido Alemania y el Emperador Guillermo, quienes lanzaron al mundo en la guerra; de haber sido los únicos que estaban preparados para afrontarla, y que a esta preparación habían dedicado todos sus esfuerzos desde su triunfo del año 1870. Alemania, desde este momento, cambió por completo ante el concepto del mundo. No fué sino un pirata ocupado durante cuarenta años en preparar un ejército para adueñarse del mundo y borrar toda huella de civilización y de cultura.

El país que en veinticinco años realizó un desarrollo

económico y social que la gran Inglaterra había tardado siglos en alcanzar, la nación en que florecían las ciencias, en que las industrias tomaban vuelos no sospechados y en que los conflictos sociales se resolvían en forma que era ejemplo para el mundo, se transformó por obra y gracia de la propaganda y de la imaginación de algunos en el terror del mundo y en un émulo digno sólo del bárbaro pueblo de Atila.

¡Qué impresionable y qué injusto es el espíritu humano!

Sin embargo, Alemania no ha tenido en la gestación de la guerra más culpa que los demás países en ella comprometidos y tal vez mucho menos, pues llegada al alto grado de desenvolvimiento industrial en que la sorprendió el año 1914, era natural y lógicamente el país europeo que más había de sufrir con ella, y sus gobernantes bien lo comprendían, porque han venido demostrando innegables aptitudes para gobernar.

Lo cierto es que fueron ellos quizás los únicos capaces de prever el cataclismo que se venía encima, y si algo pueden echarles en cara sus enemigos, es el hecho de no haberse dejado sorprender por los acontecimientos.

Alemania jamás abusó de su fuerza después del año 1870, y mientras casi todos los demás países de Europa se vieron comprometidos en conflictos guerreros que pudieron dar ocasión a Alemania para imponerse por la fuerza de las armas, supo siempre obrar con prudencia, tratando de evitar, en cada oportunidad difícil, la perturbación de la paz.

Si algún reproche hará en el futuro la historia a los gobernantes alemanes, es el de haber podido sacrificar el porvenir de la nación en aras de un pacifismo de buena ley. Después de la derrota rusa en la guerra con el Japón, cuando Inglaterra no había llegado a acuerdos con

Francia, Alemania, de haber abrigado las ambiciones de dominio que se le suponen, se habría impuesto al mundo sin contrapeso!

* * *

Hay una ley moral inherente a la naturaleza humana que no ha tenido contradicciones en todo el curso de la historia universal, y cuyos principios se aplican a diario en nuestras relaciones sociales, ley de principios tan inamovibles y permanentes como los de las más severas de las leyes físicas, de efectos tan constantes como el de la caída de los cuerpos, y esta ley es la que hace que en nuestras relaciones sociales, económicas o políticas, estemos siempre dominados o dirigidos por los más virtuosos, por los más inteligentes, por los más ricos, o por los más audaces, y a los efectos de ella no escapan tampoco los pueblos que, como agrupaciones de individuos, tienen sus mismas cualidades y defectos.

Por esto seríamos injustos si censurásemos o no comprendiésemos el dominio universal que en los últimos siglos ha ejercido Inglaterra, como antes lo ejerció Francia, y antes de ella España, y así sucesivamente lo han hecho y han debido hacerlo, para bien de la Humanidad, muchos otros pueblos desde los primeros siglos de que se tiene recuerdo en la historia.

Pero esto no quita que otros pueblos, cuando les llega su época, sean conducidos por esa misma ley moral a hacer competencia a quienes ejercen ese dominio y sean arrastrados por fuerzas más poderosas que las de un hombre a una rivalidad que puede llegar a producir un choque tan formidable como el que contempla atónito el mundo actual.

Inglaterra, por el derecho que le dieron las cualidades de su raza, y favorecida por su situación geográfica, se

colocó sin rival a la cabeza de la Humanidad civilizada. Conquistó el mundo por su comercio y predominó sin contrapeso en los mares con sus escuadras poderosas.

Pero el mundo no se detiene en su marcha: otras razas con iguales derechos empezaron a adquirir desarrollo preponderante hasta invadir con sus actividades los campos que hasta entonces la Inglaterra había considerado como propios, y el gran cataclismo de la guerra empezó a incubarse.

Alemania, nación que por las condiciones naturales de su situación se hizo guerrera y que por la excesiva pobreza de su suelo logró desarrollar las cualidades de trabajo y perseverancia, que caracterizan a sus hijos, adquirió un día, por obra previsor de sus estadistas, esa unión política que hace la fuerza de los pueblos, y al amparo de la nueva situación y mediante aquellas cualidades de sus pobladores, adquirió en poco tiempo un lugar preponderante en el concierto de las demás naciones que hasta entonces compartían solas el dominio de la tierra.

Se multiplicaron sus fábricas, y sus productos llevados a todos los rincones del mundo, no sólo producían dinero que acrecentaba su riqueza, sino que desalojaban poco a poco los productos ingleses, disminuyendo las rentas y obscureciendo el horizonte del gran imperio británico.

El choque desde ese momento fué inevitable: fatalmente debía producirse, por cualquier motivo y bajo cualquier pretexto. No era cuestión de hombres o de ideas: era cuestión de tiempo.

La política económica alemana no tenía en vista ni perseguía otros fines, con relación a los demás países del globo, que la libertad de comercio, pues, lo que a ella más le convenía era poder comerciar libremente en todo el

mundo, tanto en el centro del Africa, como en el Asia, en la América y aun en la misma Inglaterra.

Y la política inglesa que deseaba lógicamente mantener su situación privilegiada, perseguía lo contrario: apoderarse de los territorios libres, que quedaran en el mundo o llegar a acuerdo con los países enemigos o rivales de Alemania, para repartírselos en esferas de influencia y sustraerlos así al comercio alemán.

Esta ha sido la política inglesa de los últimos cuarenta años y se extremaron sus esfuerzos con la subida al trono de Eduardo VII, que hizo todas las concesiones posibles a los países vecinos de Alemania y aun a aliados de ella, para conseguir aislarla por completo y asfixiarla económicamente. Buscó a la Francia, a la Rusia, al Japón y aun a Italia, y una vez que las tuviera de su lado, no importaba lo que hubiera que venir con el tiempo, su triunfo sería seguro y el dominio del mundo no se escaparía de sus poderosas manos.

¿Quién hubiera procedido de otra manera al ver comprometido el porvenir de su nación? ¿Qué estadista podía mirar impasible el derrumbe de su poder?

Los sentimientos pacifistas de Alemania impidieron desbaratar en época más favorable para ella los planes siniestros y hábiles de sus rivales y la tormenta que se veía venir se produjo al fin con la chispa que estalló en Sarajevo.

¿Quiénes son los culpables de la guerra? ¿Quién es el culpable de los terremotos, de los cataclismos físicos y sociales?

¡Culpables de ella son las fuerzas aun desconocidas de la naturaleza que no han conseguido todavía ser dominadas por el poder siempre creciente del hombre!

* * *

Junto con iniciarse las hostilidades militares se desencadenó en el mundo entero una campaña de prensa tan formidable para presentar a Alemania como la provocadora del conflicto, como atropelladora de los principios del derecho, como enemiga del género humano y como encarnación de la barbarie y del atraso, que no ha sido posible contrarrestarla, cortadas como están las relaciones de Alemania con el resto del mundo, y la generalidad de los países por no conocer a Alemania, y no preocuparse de estudiar todos los antecedentes de la guerra, han dado crédito a la calumnia.

Los pueblos, de América, tanto del Norte como del Sur, por sus tendencias literarias y políticas que los acercan más a la Francia e Inglaterra, por el mayor conocimiento de aquellos países y por las facilidades del idioma, al mismo tiempo que por los viajes, han inclinado sus sentimientos hacia los enemigos de Alemania, casi desconocida todavía entre nosotros en vastos círculos de cultura que llegan a negar muchas de sus virtudes morales y su capacidad intelectual.

A estas simpatías, a esa campaña de la prensa, del libro y del folleto, se ha agregado también la influencia incontrarrestable del dinero, cuyos efectos se han sabido aprovechar a maravilla en los países neutrales. «En caso de dificultad, algunos millones hábilmente repartidos hubieran bastado para mantener a Turquía en actitud pacífica» dice Gustavo Le Bon en una obra sobre las enseñanzas psicológicas de la guerra, y con esta experiencia los gobernantes aliados han destinado siempre algunos fondos a conquistarse simpatías; los resultados han podido verse en Italia, en Rumania, en Grecia, etc.

Sin conocerse suficientemente a la Alemania, imposi-

bilitada para defenderse de las infinitas calumnias que se le han levantado, influenciados los espíritus por sentimientos o simpatías naturales; ayudado todo esto por las influencias de la propaganda escrita y del dinero ¿qué tiene de extraño que casi todo el mundo se haya levantado contra ella?

Pero el tiempo se encargará lenta, pero seguramente, de levantar el espeso velo que cubre a la verdad y poco a poco irán apareciendo documentos que, por venir de fuentes imparciales y aun de origen contrario a la Alemania, como el que más adelante se inserta, se ocuparán de poner las cosas en su verdadero terreno y de justificar la actitud de los estadistas y del pueblo germanos.

* * *

La guerra europea no es pues el resultado del asesinato de los herederos austriacos en Sarajevo, como espíritus superficiales lo creen, ni tampoco de las notas diplomáticas que la siguieron: es la consecuencia de un proceso lento en que influían infinitas causas sociales, políticas y económicas, que se desarrollaban lentamente y cuyo primer origen se pierde en la historia de las relaciones de los pueblos, no sólo de Europa, sino también de Asia y de América.

La guerra la veían venir los espíritus previsores de muchos países de Europa, entre los cuales se cuenta el autor de las líneas que siguen. Y para dar mayor peso a sus ideas, vamos a reproducir, a riesgo de cansar a los lectores, algunos juicios extractados de la correspondencia que desde principios del año 1905 mantenían con su gobierno los diplomáticos belgas acreditados ante los gobiernos de Inglaterra, Francia, Rusia y Alemania y de cuya imparcialidad no puede dudarse.

El 7 de Febrero de 1905 el Conde de Lalaing, Ministro de Bélgica en Londres escribía al Ministro de Relaciones Exteriores de su patria:

«La enemistad del pueblo inglés por la nación alemana no es de data reciente. Está fundada, a lo que parece, en celos y temores. Celos ante los proyectos económicos y comerciales de Alemania; temor al ver que la supremacía naval, la única que Inglaterra puede reivindicar, puede, algún día, serle disputada por la flota alemana. Tal estado de ánimo es fomentado por la prensa inglesa, sin preocupación de complicaciones internacionales; alusiones violentas contra el ambicioso emperador y los manejos a la sordina de su canciller, jamás dejan de ser aplaudidas por las muchedumbres.

El ataque determina la respuesta; y se puede comprobar una acritud correlativa en los escritores y periodistas germánicos. El otro día, el Dr. Paasche daba la voz de alarma, al saber que el almirantazgo inglés quería concentrar en el Mar del Norte la escuadra estacionada hasta ahora, en el Mediterráneo, encontrando en ello la prueba de que, para el gabinete de Londres el único enemigo temible, en Europa, es Alemania. La semana pasada, el señor A. Lee, Civil Lord of the Admiralty, ha alabado en un banquete las reformas introducidas por el gobierno, que permitirán dar el primer golpe, antes de que el adversario esté preparado, aun antes de que la guerra sea declarada. Agregó que la vigilancia del almirantazgo debe ejercerse de un modo especial en el Mar del Norte.»

En comunicación del 30 de Septiembre de 1905, el Barón Greindl, Ministro de Bélgica en Berlín, decía entre otras cosas a su gobierno:

«El tono general de la campaña periodística hecha en Inglaterra, demuestra que el acercamiento a Rusia se desea allí, no como un factor de apaciguamiento, pero sí, con idea de hostilizar a Alemania. Hay por que temer que el Rey de Inglaterra comparte este sentimiento. Recientemente tuve el honor de escribiros que sus relaciones con el Emperador son completamente malas.»

El mismo diplomático el 31 de Diciembre de 1905 decía:

«He preguntado al secretario de Estado si yo podía considerar como auténtica una conversación del Emperador con un personaje francés, noticiada, hace tres días, por el diario *Le Temps*. En resumen, su Majestad habría dicho que se ha incurrido en error al decir que lo rodea un partido de la guerra. Aun en el caso de que existiera, la cosa carecería de toda importancia, ya que es a él a quién corresponde la decisión. El Emperador no quiere la guerra, porque la tiene por contraria a su deber ante Dios y ante su pueblo.

El barón de Richthofen me ha contestado que la información del diario *Le Temps* es exacta, si no en la forma, al menos en el fondo. Ha añadido que, según parece, es el marqués de Laguiche, agregado militar de Francia en Berlín, la persona con quién habló el Emperador. Por lo demás, trátase de ideas de su Majestad, bien conocidas.

He observado que me parece que se podría caracterizar a la política del Emperador diciendo que la *mayor ambición de Su Majestad es mantener la paz durante todo su reinado.*

El secretario de Estado me ha contestado que, en efecto, ésta es la idea dominante que inspira a la política imperial.»

De otra comunicación del 5 de Abril de 1906, extractamos lo siguiente:

«No hay duda ya de que es el Rey de Inglaterra quién,

a espaldas del Gobierno, impulsó al señor Delcassé a seguir una política belicosa y que le hizo la promesa, por lo demás irrealizable, de desembarcar cien mil soldados ingleses en Holstein.

La invitación hecha por el Rey, cuando su paso por París, al señor Delcassé, no puede ser de otro modo interpretada que como una provocación.

Si pudiese quedar alguna duda, la desvanecería el paso singular dado por el coronel Bernardiston cerca del general Ducarne.»

El 28 de Marzo de 1907 el señor E. de Cartier, Encargado de Negocios de Bélgica en Londres decía en la correspondencia oficial destinada al Ministro de Relaciones Exteriores de su país:

«Desde que la dirección de las relaciones exteriores de Rusia ha sido confiada al señor Iswolsky se ha producido un notable acercamiento entre los gabinetes de St. James y San Petersburgo, y el acuerdo sobre muchos asuntos, que aun hace sólo dos años parecía imposible, aparece hoy en vísperas de ser una realidad.

El incidente del Doggerbank, las simpatías británicas por el Japón, cuando la guerra de 1904, las candentes rivalidades en Persia, pertenecen al pasado, y, si hay que creer en ciertos indicios, *la diplomacia inglesa, cuyos esfuerzos todos se dirigen a aislar a Alemania*, parece que nos reserva para un futuro muy próximo el espectáculo de una entente anglo-rusa.»

Y con motivo de los sucesos desarrollados alrededor del acta de Algeciras, el Barón Gocinde transmitía a su gobierno en Bruselas la siguiente apreciación:

«La arrogancia francesa vuelve a ser lo que fué en los días peores del segundo imperio, y la causa de esto es la «entente cordial»: ha subido aún de punto, desde que las negociaciones entre Londres y San Petersburgo, a las que,

sin duda, Francia no es ajena, parecen llegar a buen término de «entente».

Y más adelante agrega en la misma comunicación:

«La prensa inglesa sigue con mayor encarnizamiento que jamás, su campaña de denigración. Ve la mano de Alemania por doquier ocurre algo desagradable para Inglaterra. Y, cuando bien le parece, inventa cosas, como el pretendido proyecto de cierre del Mar Báltico. Todo esto, que ocurre en el momento en que Inglaterra atiza la discordia, tratando de imponer a la Conferencia de La Haya la discusión, no de su propio desarme, pero sí el de sus adversarios, implica una inerma de la seguridad europea.»

Con motivo de la construcción del ferrocarril a Bagdad, agregaba el mismo Ministro el día 8 de Abril de 1907:

«El telegrama oficioso añade que no se ve qué concesión es la que Francia podría hacer a Alemania en el asunto del ferrocarril de Bagdad. Este ferrocarril, un día u otro será construído. Alemania no se siente con apresuramiento para hacerlo, como parece creerse. Además, la construcción del ferrocarril es un asunto turco y concierne a Alemania tan sólo porque la concesión ha sido hecha legalmente a un núcleo financiero en el que predominan capitales alemanes.

Ya lo véis, pues, señor Barón, Francia pretende, como antes de 1870, un derecho de intervención en asuntos fuera de su incumbencia, e imagina poseer un derecho de veto en arreglos concertados entre potencias independientes.

A expensas nuestras acabamos de comprobar ese retroceso a las tradiciones del segundo imperio, o mejor dicho, a la política general francesa. *En el curso de la historia, cada vez que Francia se ha creído con fuerzas suficientes para ello, ha tratado de arrogarse la suprema-*

cia sobre todo el mundo. Ahora es la «entente cordial» con Inglaterra la que le da esa confianza.

Los ejemplos se multiplican. Sabéis que Dinamarca es absolutamente librecambista. Los derechos de Aduana son puramente fiscales. Se propone rebajarlos más y para que las entradas del Tesoro no sufran, tiene la intención de elevar los impuestos sobre el vino, y eso en una forma sumamente moderada. Nada mejor justificado. El vino es un artículo de lujo y es equitativo pedir a las clases en situación desahogada un sacrificio llamado a aumentar el bienestar general. Por conducto indirecto, pero perfectamente seguro, acabo de saber que el ministro de Francia en Copenhague ha dirigido nada menos que al gobierno danés, representaciones formuladas en tono imperativo y acompañadas con amenaza de represalias. Esta gestión de Francia es tanto más insólita cuanto que Dinamarca no está vinculada a ella por tratado alguno y que las tarifas aduaneras francesas gravan con derechos prohibitivos a los productos agrícolas, únicas mercancías danesas de exportación.

Lo que ha pasado en Bruselas, en Berlín y en Copenhague, no son hechos únicos. Es verosímil que en otras partes Francia haya vuelto a sus antiguos hábitos sin reparo de los compromisos que la molestan y pretendiendo imponer por doquiera su voluntad.»

Más tarde, el 12 de Abril de 1907, el Ministro belga en Londres transmitía a su gobierno un despacho que terminaba así:

«La visita que el Rey Eduardo ha hecho a su real sobrino en Cartagena, tendría por fin principal tratar de estrechar los lazos que unen España con la Gran Bretaña y disminuir cuanto posible sea, la influencia alemana en Madrid. Pero, hasta ahora, ningún indicio ha reve-

lado los resultados prácticos o las decisiones tomadas en el curso de esta entrevista.»

El conde de Lalaing, sucesor del señor Cartier en Londres, se expresaba sobre la prensa inglesa, en comunicación de Mayo de 1907, en la siguiente forma:

«Las relaciones franco-alemanas siguen siendo oficialmente de una fría corrección, pero la antipatía que aquí se siente en todas las clases del público hacia la nación germánica, es tan notoria como cuando os escribí el 8 de Febrero de 1907.

.....
*Cierta categoría de la prensa, conocida aquí con el nombre de «Prensa Amarilla» es, en gran parte, responsable de la enemistad que existe entre las dos naciones. En efecto, qué puede esperarse de un periodista como el señor Harmsworth, convertido hoy en Lord Northcliffe, editor del *Daily Mail*, del *Daily Mirror*, *Daily Graphic*, *Daily Express*, *Evening News* y *Weekly Dispatch* quien en una interviú para *Le Matin* exclama: «Sí, detestamos de todo corazón a los alemanes. Se hacen odiosos a toda Europa. Yo no permitiría que se imprimiese en mi diario la mínima cosa que pudiese herir a Francia, pero no quisiera que se insertase en él cualquier cosa que pueda ser agradable a Alemania.»*

En 1899, este mismo editor atacaba a los franceses, con igual violencia: quería boicotear la Exposición de París, y escribía: «Los franceses han conseguido persuadir a John Bull de que son sus más encarnizados enemigos. Inglaterra, durante largo tiempo ha vacilado entre Francia y Alemania, pero siempre ha respetado el carácter alemán, mientras que ha llegado a sentir menosprecio por Francia. No puede subsistir una inteligencia cor-

dial entre Inglaterra y su vecina más cercana. Basta ya de Francia, que no tiene valor ni sentido político»!

Son esos periodistas, editores de hojas baratas y lectura corriente quienes falsean, a su agrado, el espíritu de todo un pueblo.

Es evidente que la Inglaterra oficial sigue una política sordamente hostil contra Alemania y que tiende al aislamiento de ésta, así como que el Rey Eduardo no ha desdenado poner su influencia personal al servicio de esta idea, pero se corre un peligro evidente al envenenar tan ostensiblemente la opinión pública, como lo está haciendo la prensa irresponsable de que se trata.»

El Barón Greindl el 30 de Mayo de 1907 decía lo siguiente:

«Esta desconfianza es fomentada, aun más, por el afán del Rey de Inglaterra, de cerrar «inteligencias» con el mundo entero, salvo con Alemania, contra la que no puede formular cargo alguno. La prensa ayuda, haciendo resaltar que cada uno de los éxitos de la política exterior de Inglaterra, tiende, como objetivo primordial, al aislamiento de Alemania. ¿Quién puede afirmar que se equivoca en este punto?

Alemania, lejos de provocar la tirantez de relaciones con Inglaterra, sufre ante ella, como lo prueban las reiteradas tentativas de acercamiento, partidas invariablemente de Berlín.

Una de las causas de su fracaso es quizás su misma exuberancia.»

Y agrega más adelante en la misma comunicación a su gobierno:

«La tirantez de relaciones entre Alemania e Inglaterra puede servir a los cálculos mezquinos de una política miope; pero compromete al interés superior de la conservación de la paz europea, que la preponderancia alemana nos ha garantizado durante treinta y seis años. Ella alienta las miras de estadistas disconformes con el statu quo.»

Por otra parte el Ministro de Bélgica en París, señor A. Leghait enviaba en 17 de Junio de 1907 al Ministro de Relaciones de su patria una comunicación cuyo primero y último párrafo eran los que transcribimos:

«Las relaciones amistosas y la inteligencia que existen desde hace alrededor de dos años entre Inglaterra, Francia y España, acaban de asegurarse con lazos más precisos que caracterizan con nitidez las agrupaciones de potencias y el cuidado que toman de precaverse contra otras eventualidades por medio de estipulaciones pacíficas.

.....

Francia, para precaverse contra peligros actualmente, puede ser que ilusorios, o para afirmar la situación de quienes dirigen la política interna, contrae una deuda de gratitud que va a parecerle pesada el día en que Inglaterra revele a qué fin quiere destinar las influencias que agrupa en su alrededor.»

De la correspondencia del Ministro de Bélgica en Berlín, el 27 de Enero de 1908 extractamos los siguientes sugestivos párrafos:

«¿Dónde ha visto el señor Delcassé que Alemania intente imponer a Europa su supremacía? Somos sus vecinos cercanos y jamás, en el transcurso de veinte años he consta-

tado en el Gobierno Imperial ni la más mínima veleidad de abusar de su fuerza y de nuestra debilidad. Ojalá que todas las otras grandes potencias hubiesen tenido las mismas consideraciones para con nosotros.

.....

El señor Delcassé dice que no se debe dejar desfigurar una política extranjera (la suya) que, por dos veces, ha preservado la paz de Europa.

¿En qué circunstancias? ¿Cuándo la paz de Europa ha sido amenazada sino por las ideas francesas de desquite?

.....

«La política dirigida por el Rey Eduardo VII, so pretexto de garantizar a Europa del imaginario peligro alemán, ha engendrado un peligro francés demasiado real y que nos amenaza en primera línea.»

Del Barón Greindl, fechado el 6 de Mayo de 1908, a su Gobierno:

«Alemania tolera. No puede ser de otro modo. Ha pasado ya la época de las negociaciones diplomáticas. No tiene sino elegir entre la ignorancia voluntaria y la guerra que *el Emperador no quiere y que condenaría toda la opinión alemana.* El interés de Alemania es tan íntimo, que no alcanzaría a justificar los riesgos de una conflagración europea. Muchos hay que llegan a creerlo nulo. La aventura marroquí costará a Francia mucha sangre y mucho dinero. ¿Por qué se la desviaría de una empresa que la tendrá paralizada durante mucho tiempo por el lado de los Vosgos?»

El conde de Lalaing, desde Londres, comunicaba lo siguiente al señor Davignon, Ministro de Relaciones belga, el 30 de Noviembre de 1911:

«Lord Courtney of Perrith, liberal y amigo de Alemania, ha atacado la política del gobierno *dirigida al aislamiento de Alemania (es raro oír tal verdad en el parla-*

mento británico) y por no haber mantenido el acta de Algeciras. El señor Grey hubiera debido retener el gabinete de París cuando con ligereza hizo caso omiso de lo estipulado en el acta internacional. Así se hubieran impedido roces con Berlín y, así, la expedición italiana a Trípoli probablemente jamás hubiese tenido lugar.

Una ciega condescendencia por las miras del gobierno francés había conducido a la deplorable tensión con Alemania.

Estas desagradables verdades no han sido del agrado de la Alta Cámara.»

El 6 de Diciembre del mismo año, el barón Greindl estampaba las siguientes observaciones en su comunicado al gobierno belga, hablando sobre la política que trataba de consolidar la Entente Cordiale, convertida más tarde en la Triple Entente:

«No pongo en duda su sinceridad; pero, no es menos verdad que, con o sin compromiso escrito u oral, en Inglaterra y Francia todos consideran la Entente Cordiale como una alianza defensiva y ofensiva contra Alemania. Es éste, ciertamente, el carácter que quiso darle el difunto Rey de Inglaterra. La Entente Cordiale ha sido fundada, no sobre la base positiva de la defensa de intereses comunes, y sí sobre la base negativa del odio contra el Imperio Alemán. Si ella hubiese sido comprendida de otro modo en París, no hubiese sido acogida como un éxito diplomático, ante el cual desaparece la humillación de Fashoda. La Entente Cordiale es la que ha despertado en Francia la idea del desquite, muy amortiguada antes. De ella es también de donde deriva el estado de inquietud y angustia en que Europa se debate hace siete años.

.....
Hasta nueva orden, hay que tener por seguro que en Londres se ha discutido el proyecto de ayudar a Fran-

cia en caso de guerra con Alemania, con el desembarco de un cuerpo de ejército de 150 000 ingleses. Nada hay de esto que deba sorprendernos. Es la continuación de las singulares proposiciones hechas, hace algunos años, al general Ducarne por el coronel Barnardiston, lo mismo que de la intriga de Flessingue.

El señor Grey tampoco ha conseguido demostrar que el «toast» del señor Lloyd George en Mansion House no ha sido provocación ni amenaza. Si se hubiera propuesto demostrar la tesis contraria, no se hubiese podido expresar en otra forma de lo que lo ha hecho.»

Y el día 9 del mismo mes agregaba:

«Lo que más claro resulta del discurso del señor Grey es que quiere continuar la política de la Triple Entente con el mismo espíritu con que la ha practicado hasta ahora, es decir, hostil a Alemania.

«El discurso del señor von Bethmann Hollweg dice, sin embargo, muy claramente, que en manera alguna está dispuesto a admitir el derecho de veto que Inglaterra se abroga sobre las empresas alemanas, y que para un acercamiento aguarda del gobierno inglés no palabras, y sí hechos.

«No hay mejor acuerdo tampoco entre los pueblos que entre los gobiernos. Los ingleses continúan teniendo celos de la expansión de Alemania. Y los alemanes, que seis meses atrás no eran en manera alguna hostiles a Inglaterra, lo son ahora.»

Sería largo, muy largo y casi inoficioso extraer de nueve años de correspondencia diplomática cada uno de los párrafos con consideraciones que todos conducen al mismo punto, es decir, a demostrar que no era Alemania ni sus gobernantes los que iban moviendo los elementos que habían de producir la gran conflagración, o sea, los

que estaban sembrando los vientos que habían de producir la gran tempestad.

Se nos permitirá antes de abandonar esta preciosa fuente de informaciones, que pueden considerarse completamente imparciales, hacer referencia a algunas observaciones de estos mismos diplomáticos que demuestran el fin comercial que Inglaterra perseguía con su política hostil hacia Alemania.

El Barón Greindl decía a su jefe el Ministro de Relaciones Exteriores de Bélgica el 18 de Febrero de 1905:

«La causa verdadera del odio de los ingleses a Alemania son los celos despertados por el desarrollo extraordinario de la marina mercante, del comercio e industria de Alemania. Este odio persistirá hasta que los ingleses se persuadan de que el comercio mundial no es un monopolio que, por derecho, corresponde a Inglaterra. El es cuidadosamente azuzado por el «Times» y una serie de diarios y revistas que no retroceden ante la calumnia para halagar el gusto de sus lectores.»

Y agregaba el señor Greindl el 27 de Octubre de 1907, desde Berlín:

«¿Son realmente sinceros aquellos que en Inglaterra revelan temer un ataque irrealizable de Alemania? ¿No fingen esas alarmas para provocar un conflicto que aniquilará la marina de guerra, la mercante y el comercio exterior de Alemania? Inglaterra está al abrigo de todo golpe, Alemania, por el contrario, es sumamente vulnerable. Al atacar a Alemania, sencillamente para anonadar a su rival, Inglaterra no haría más que seguir sus antiguos sistemas. De acuerdo con Luis XIV destruyó la flota holandesa; después hizo otro tanto con la francesa, y con la misma danesa, en plena paz y sin mediar provocación alguna, nada más que porque ésta constituía una respetable fuerza naval.»

Y más adelante, el 23 de Junio de 1906 insistía sobre lo mismo el conde de Lalaing, desde Lóndres, en los siguientes términos:

«El efecto real producido es casi nulo. La opinión pública está formada; *la prensa inglesa ha abusado hasta tal punto de los ataques al Emperador, su gobierno y su pueblo, que el público desconfía. Alemania es la gran rival comercial, militar, y quizás en el porvenir, naval; a este título, todo buen ciudadano se cree obligado a detestarla, ya que se dice que, por el momento, es la única nación de la que se tiene algo que temer, después del debilitamiento de Rusia y de la inteligencia con Francia.*»

Y volvía Greindl sobre el mismo tema el 30 de Mayo de 1907:

«*Inglaterra ceta el prodigioso progreso de la industria, el comercio y la marina alemanes. Acostumbrada a no tener rival, le parece que toda competencia es una agresión a su dominio.*

Finge alarmas, cuya sinceridad me parece más que dudosa, ante el desarrollo de la marina de guerra del Imperio. Debe, sin embargo, saber que aun en un futuro muy lejano, toda agresión alemana será un imposible.

Es, por el contrario, Alemania quien tiene que temer lo todo. Desde muchos siglos atrás Inglaterra se ha dedicado a destruir las fuerzas navales extranjeras, apenas tomaban cierta importancia. Francia lo ha experimentado después que Holanda. Después le llegó el turno a Dinamarca, cuyos navíos fueron aniquilados sin sombra de pretexto alguno, por el almirante Nelson, entrado en són amigo en Copenhague. Es la desconfianza alemana la que ha hecho popular el desarrollo de la flota del imperio, fuerte, a lo sumo, para una acción defensiva, y de la que la mayoría del pueblo no quería ni oír hablar, mien-

tras se creyó poder contar con la amistad o, al menos con la neutralidad de Inglaterra.»

¿Con qué fin prolongar esta clase de citas tan concordes con lo que pretendemos demostrar?

En el trabajo que sigue a continuación, salido de una pluma francesa, se encontrará una corroboración a nuestras afirmaciones.



2.

DOS PALABRAS DEL TRADUCTOR ESPAÑOL

Lector:

Ningún fin, sino el de servir a la verdad, me ha inducido a traducir con literal fidelidad este folleto. *Es, como ves, la obra de un vidente, de un francés que vió a tiempo la catástrofe.* No es el libro de un indocumentado.

Es de un escritor francés, tan distinguido como M. Francis Delaisi, redactor de *La Guerre Sociale*, y está escrito en Mayo de 1911, es decir, ¡¡cuatro años antes de estallar la guerra europea!!

Patente como la luz, queda *deshecha la interesada campaña* de los que trataran de *cargar sobre Alemania la responsabilidad de la hecatombe.*

Es francés quien nos lo dice y nos lo demuestra.

No fué ella, no fué la Alemania que venía en medio de un progreso envidiado por Inglaterra, la que quiso la guerra. Fué Delcassé, que abandona ahora a su Patria en el momento del peligro y cree que con una dimisión ha liquidado toda su cuenta. Fué Inglaterra, fué un grupo de ambiciosos, de explotadores sin conciencia, de hombres que comerciaban de antemano con la sangre de sus propios hermanos.

Lleno de emoción, dolorida el alma, he seguido palabra por palabra la terrible acusación de Delaisi, verdadero profeta de su pueblo.

¿Por qué no le escuchó Francia?

¿Por qué no supo evitar al mundo todo el horror de esta tragedia espantosa?...

UN ESPAÑOL Amigo de la Verdad.

Francis DELAISI

3.

«LA GUERRE QUI VIENT»
«LA GUERRA QUE SE APROXIMA»

(Publicado por *La Guerre Sociale*, París, año 1914.)

Introducción

Hablar de que es posible, que es probable, que está próxima una guerra... parece, a primera vista, una locura.

Seguramente que, si no se consultase más que el sentimiento popular en todos y cada uno de los países del mundo, no habría nada que temer.

Es evidéntísimo que los proletarios alemanes no tienen ninguna gana de tirar al blanco sobre los nuestros, y que la gran masa del pueblo inglés no quiere otra cosa que trabajar con toda tranquilidad en sus campos, sus almacenes y sus fábricas; y, en cuanto a los franceses, sean obreros o campesinos, proletarios o burgueses, socialistas internacionalistas o radicales patriotas, no tienen sino un deseo: la paz.

Desgraciadamente, en ningún país del mundo *ningún* pueblo dirige su política exterior.

Esa función es patrimonio exclusivo de un reducidísimo número de funcionarios que se llaman *diplomáticos*. *Estas gentes, escogidas cuidadosamente, pertenecen todas (aun en nuestra República) a la aristocracia de título o a la aristocracia del dinero. Todas están en minus de la oli-*

garquía financiera e industrial, y trabajan por obtenerle empréstitos extranjeros o rebajarle pedidos.

—Pero, sobre ellos—me diréis—está el Ministro de Negocios Extranjeros, que es su jefe, el cual, a su vez es responsable ante el Parlamento.

—¡Ah, sí: mucho de eso, la responsabilidad! Que plante un diputado alguna cuestión a propósito de un incidente cualquiera de política exterior, e, invariablemente, hace el Gobierno vagas y solemnes declaraciones, sentimientos pacíficos, equilibrio europeo, etc.

Y si el interpelante insiste, pidiendo que se precise, la contestación se conoce ya de antemano: *Secreto diplomático.*

Gracias a ese sistema, ni los pueblos ni los parlamentos saben nada jamás. Y pueden así algunos hombres comprometerlos, *sin que lo sospechen siquiera*, en los más graves conflictos, y empujarlos a la guerra.

El golpe de Delcassé

Bien se vió en 1905. En aquel tiempo gobernaba sin interrupción, hacía diez años, la política exterior de Francia. Se había captado tan bien la confianza de la Cámara que ésta aprobaba sin discutir todas sus declaraciones. Y ese hombrecito había concebido un orgullo tal, que ni aun consultaba a los demás ministros, sus colegas.

Por ello, se le ve, durante los años 1904 y 1905, de acuerdo con el Gabinete inglés, y sin prevenir a nadie, ocuparse en «circundar», en «bloquear» a Alemania. Trabaja por separar a Italia de la Triple Alianza, negocia en San Petersburgo, intriga en Constantinopla, y se arregla para que, quedando aislada Alemania, pueda Inglaterra, apoyada por Francia, intentar aplastarla.

Naturalmente, Guillermo II no tardó en adivinar la maniobra, y lanzó brutalmente, por mediación del príncipe Radolin, una especie de ultimátum.

Ya se recordará la emoción y la sorpresa que se apoderó entonces de todo el país. Y cada cual se preguntó, aquella mañana, si sería llamado de pronto a tomar su fusil, su mochila, e invitado a ir a dejarse romper la cabeza en los Vosgos.

En la Cámara hubo una hora de verdadero enloquecimiento. Se quería interpelar, durante la sesión, a Rouvier, y derribar el ministerio.

Pero, es menester también decirlo; el más asombrado era el mismo Rouvier, quien pidió explicaciones a Delcassé.

Hubo en el Elíseo un Consejo de ministros que pasará a la Historia. Allí, durante dos horas de reloj, nuestro hombrecillo expuso a sus estupefactos colegas todas sus intrigas, y, con una audacia tranquila, **opinó netamente por la continuación de la política de «circundamiento», por la alianza militar con Inglaterra y por la guerra contra Alemania.**

Rouvier y sus colegas, por unanimidad, respondieron dejando en tierra a hombre tan funesto, con lo cual volvieron poco a poco a su normalidad las relaciones con Berlín.

Pero no por eso es menos verdad que un hombre sólo, sin consultar a nadie, había podido comprometer millones de existencias en una política peligrosa, y llevar a dos dedos de la guerra a un pueblo, a pesar suyo, y sin que lo supiesen la opinión, las Cámaras, ni aun los otros ministros.

¡Tan cierto es que hasta en el régimen democrático no es el pueblo el dueño de sus destinos!...

La prensa servil

Pero me diréis que hay periódicos, los cuales, están ahí para advertirnos del peligro.

—¡Oh, la prensa!, está bien adiestrada.

Desde luego que todos los telegramas de la Agencia Havas, que informa a los periódicos, se expurgan cuidadosamente en el ministerio de Negocios Extranjeros.

Le Matin recibe los telegramas de *The Times*, *L'Echo de Paris* del *Daily Telegraph*, etc. Todos, además, se proveen de informes en las agencias inglesas, lo cual hace que no oigamos nunca en Francia más que el tañido de las campanas británicas.

Respecto a los artículos y comentarios hechos por los periódicos sobre esos informes, la cosa es bien sencilla.

Hay en el ministerio de Negocios Extranjeros una oficina de la prensa. Allí, todos los días, un funcionario amabilísimo recibe a los periodistas, y, muy bonitamente, les va explicando lo que conviene pensar de todos los acontecimientos de la política exterior.

Todos los periódicos repiten a la mañana siguiente la misma canción, y la muchedumbre, no teniendo otro medio de información, cree lo que se le dice.

Después de esto se puede juzgar si el público está bien informado.

Gracias a este procedimiento ha estallado la guerra ruso-japonesa, cuando toda la prensa anunciaba que no tendría lugar; que todo el mundo ha creído que no tenía importancia el asunto marroquí hasta el día en que nos ha conducido a la guerra.

En suma, nuestra política exterior escapa a toda fiscalización, lo mismo a la de la opinión que a la del Parlamento; muchas veces hasta escapa a la fiscalización del propio Gobierno.

En nuestra democracia espantadiza, depende de un hombre y de un pequeño corro de financieros y de gentes de negocios el desencadenar la guerra y lanzar a este país a las más peligrosas aventuras.

El peligro actual

Pero, no hay un peligro hipotético. En este momento comienza de nuevo la intriga de Delcassé. Se dispone a renovar el golpe de 1905.

Una guerra terrible se prepara entre Inglaterra y Alemania. En todos los puntos del globo los dos adversarios se miden y se amenazan.

Pero, para batirse, las dos potencias tienen necesidad de Francia.

Alemania, que falta de capitales, tiene necesidad de nuestro dinero.

Inglaterra, que no tiene el servicio obligatorio, necesita de nuestro ejército.

Nuestro Gobierno es, pues, el árbitro de la situación. Que niegue a Guillermo II nuestro oro, a Jorge V nuestros soldados, y la paz se asegurará inmediatamente.

Pero he aquí que nuestro ministro Cruppi negocia un convenio militar con Inglaterra.

Si se firma, estamos obligados a ir a hacernos matar en las planicies de Bélgica para asegurar a las gentes de Londres la posesión de Amberes; y así, de golpe, nos vemos expuestos a todos los peligros de una invasión alemana.

Y, sin embargo, nadie dice nada en Francia. Ni un solo diputado se ha levantado a pedir al Gobierno un mentís o explicaciones. Una sola voz se ha levantado para señalar el peligro. Merrheim, de la C. G. T. (*), delegado recientemente en el Congreso internacional de la

(*) Confederación general del trabajo.

metalurgia, ha podido ver con sus propios ojos cuán agudo es el conflicto anglo-alemán. De regreso de Birmingham, ha mostrado el peligro en la *Vie Ouvrière*. Pero nadie le ha escuchado.

El duelo anglo alemán

Pues bien. ¡He aquí a M. Delcassé que vuelve al poder!

El hombre que, en 1905, estuvo a punto de llevarnos a la guerra, sin haber consultado a nadie, ni a la opinión, ni al Parlamento, ni siquiera a sus propios compañeros de Gabinete, vuelve a tomar la dirección de «nuestra» política exterior. Nadie en Europa se ha engañado: M. Cruppi, antiguo magistrado, no será en el *Quai d'Orsay* sino un testafarro. Además, M. Delcassé, ministro de Marina, no tendrá allí otra misión que la de concluir la *convención militar* que debe ligarnos a Inglaterra.

En algunas semanas tal vez nuestros financieros habrán vendido a sus compañeros de Londres la piel de cien mil franceses a cambio de algunos ferrocarriles turcos o etiopes.

Es éste el momento, para los que no quieren verse tratados como vil ganado, de abrir los ojos, de considerar fríamente la situación de Europa y de ver la intriga peligrosa a que intenta uncirlos la oligarquía financiera.

Las guerras de negocios.

Antes los pueblos eran pueblos de labradores y, naturalmente, sus jefes tenían una política de labriegos: su sueño era redondear su territorio, coger los campos del vecino. Pero hoy todo ha cambiado. Las grandes naciones europeas están gobernadas por gentes de negocios: banqueros, industriales, negociantes, exportadores. El

fin de estos hombres es buscar por todas partes *salidas* para sus rieles, sus algodones, sus capitales.

Así vimos en 1895 a los japoneses batirse con los chinos por la explotación de Corea; en 1898, a los americanos luchar con los españoles por la explotación de Cuba; en 1899, batirse los ingleses con los boers por la explotación de las minas del Transvaal; en 1900, Europa entera invadir a Pekín para imponer sus caminos de hierro a los chinos; en fin, en 1904, aplastarse los japoneses y los rusos durante 18 meses para saber quién tenía derecho a explotar la Manchuria.

¡Cinco guerras en diez años!... ¡El tiempo del pacifismo!...

La industria inglesa contra la industria alemana

Pero he aquí que se prepara un conflicto al lado del cual aun las horribles carnicerías de la guerra ruso-japonesa no habrán sido sino juegos de niños.

En todos los puntos de la tierra, los capitalistas ingleses están en lucha con los capitalistas alemanes, sin que pueda atisbarse para desempatarles, otro medio que la guerra, a menos que las clases obreras de ambos países no se subleven.

Durante todo el siglo XIX, Inglaterra fué, sin' duda, la reina industrial del mundo. De ella se decía: «Es un bloque de hierro sobre un bloque de carbón». Tenía en abundancia el mineral con que se hacen las máquinas, el carbón que las hace andar. Pudo, pues, antes que las demás naciones, desarrollar una fuerza industrial incomparable. El mar, que por todas partes la rodea, le permitía desarrollar una marina sin igual. Sólo Francia, ya muy en retraso, le hacía una tímida competencia: precisamente por esto, nuestros capitalistas de entonces enseñaban al pueblo el odio a la «pérfida Albión».

En fin, en 1898, cuando el incidente de Fashoda, Francia—es decir, la oligarquía que la dirige—presentó su dimisión de gran potencia, e Inglaterra pudo creerse dueña única del comercio mundial.

Pero, entónces, surgió una inesperada rival. Hasta el 1870, Alemania era un país casi exclusivamente agrícola, pero su suelo era pobre; y trescientos mil alemanes se iban todos los años a la lejana América en busca de una tierra menos ingrata que los pudiese alimentar.

Después de la guerra todo cambió. Bismarck, a quien nuestros *chauvinistas* nos lo representaban como soñando con lanzarnos todas las mañanas sus hulanos sobre nosotros, no tuvo más que una idea: hacer de su país una gran nación industrial a la inglesa.

Poco a poco, en las márgenes del Rhin, en Westphalia, en Sajonia, en Silesia, se elevaron altos hornos, fábricas de acero y herrerías; millones de brocas giraron en las hitanderías; tejidos, industrias químicas y astilleros navales surgieron como por encanto, y pronto una marina mercante, cada vez más poderosa, salió a llevar el pabellón y las mercancías del Imperio por todos los puntos del globo.

Entónces empezaron a inquietarse los ingleses. Al principio habían mirado con desdeñosa sonrisa esos esfuerzos de los pesados sajones por copiar su industria. Aseguraban, y lo creían, que los alemanes no fabricaban sino géneros de «pacotilla».

Así y todo, esa «pacotilla» les estaba invadiendo. Para desembarazarse de ella, hicieron que se decidiese por una ley que todos los objetos de procedencia germánica deberían llevar la marca: *Made in Germany* (fabricado en Alemania), con lo cual pensaban desacreditar a sus rivales.

¡Cuál no sería su sorpresa cuando notaron que un crecidísimo número de objetos excelentes que los habían tomado hasta entonces como los mejores productos de la industria británica, venían en derechura de Westphalia, de Sajonia o de Silesia! De modo que el astuto germano fabricaba ¡mejor que el inglés y más barato!

En lugar de desacreditarle, le habían hecho el más fructuoso reclamo. En el clan de los capitalistas de Glasgow, de Birmingham, de Manchester, produjo eso un verdadero furor.

Al mismo tiempo, de todos los principales mercados del globo, enviaban informes inquietantes a Londres los cónsules ingleses que vigilaban el comercio internacional.

Un consul de Siria escribía a su Gobierno: «Antes, todos los productos europeos empleados aquí, se compraban en Inglaterra. Hoy, le estoy escribiendo en una mesa fabricada en Alemania, con pluma alemana y en papel alemán. De inglés no habrá, dentro de poco, aquí nada más que yo mismo».

Los progresos del comercio británico iban haciéndose más lentos por doquiera; los del comercio germánico crecían con inquietante rapidez.

El ferrocarril de Bagdad

En 1903, Guillermo II obtuvo del sultán Abdul-Hamid la concesión del ferrocarril de Bagdad, del que tanto se habla en estos momentos en la gran prensa.

Pero se encuentra con que la vía alemana desembocará en Mesopotamia, en una región que los ingleses han considerado siempre como un «coto cerrado» para su comercio. Además, este ferrocarril puede transportar en algunos días tropas turcas a los alrededores de Bombay y amenaza la dominación británica en la India.

Llamamiento al cañón

Se llenaron de miedo entonces los capitalistas ingleses. Su sorpresa primera se cambió en inquietud y después en furor.

Para defender a toda costa el comercio colonial, M. Chamberlain, el jefe de los metalúrgicos de Birmingham, propuso una tarifa aduanera proteccionista; pero los obreros ingleses rechazaron por unanimidad este proyecto, que hubiera traído consigo el encarecimiento de la vida. Entonces, los grandes capitalistas que guían a Inglaterra, no vieron más que una sola solución.

Era preciso terminar sin contemplaciones con esta *inesperada rival que venía a minar la soberanía británica* sobre todos los mares del globo. Y puesto que no se podía llegar al final por los procedimientos pacíficos de la competencia industrial, *era preciso recurrir a la fuerza de los dreadnoughts y hacer un llamamiento al cañón.*

A esto se dedicó con un maravilloso espíritu de consecuencia el Gobierno inglés.

¡Ved cómo en nuestras sociedades capitalistas, las luchas entre grupos financieros rivales conducen a los pueblos a la guerra!

El bloqueo

Sintiéndose, pues, vencida Inglaterra en la lucha industrial, decidió entregarse a la suerte de las armas.

Su plan fué doble:

1.º *Rodear, bloquear a Alemania* por un sistema de inteligencias y de alianzas, que la dejasen aislada en el corazón de Europa sin apoyo militar ni financiero en el día del peligro.

Así se vió en 1903 a Eduardo VII aproximarse a Francia y anudar con nuestros financieros los lazos de la *En-*

tente Cordiale, abandonándoles Marruecos (que por otra parte no le pertenecía).

En seguida se reconcilió con el Zar ruso, mediante algunas concesiones en Persia y en los Balkanes; *buscó el desgajar a Italia de la Tríptica, ofreciéndole la Albania*; excitó entre los húngaros el odio tradicional al germano; ayudó con su dinero y sus consejos a los Jóvenes Turcos a destronar a Abdul-Hamid, demasiado ligado a Guillermo II. Se entreveía, así, el día en que Alemania, completamente rodeada de potencias hostiles, se encontraría sola frente a su irreductible enemiga.

La era de los dreadnoughts

2.º Al mismo tiempo se entregaba Londres a la construcción de armamentos formidables.

Los ingenieros ingleses construyeron los primeros *dreadnoughts*, estos gigantescos buques de 18 a 20 y 22,000 toneladas, que llevan en las torres blindadas cañones de 34 centímetros y lanzan a 9,000 metros granadas enormes de melinita.

Se cambiaron las bases navales. La principal había sido hasta entonces Plymouth, frente a Francia, el enemigo secular.

Hoy están en Douvres y en Rosytu (Escocia) vigilando ambas la entrada del mar del Norte, una al sur y la otra al norte: las dos frente a Alemania.

En fin, se hizo venir de todos los puntos del globo periodistas y ministros de las lejanas colonias, de Australia y Africa del Sur, del Canadá y de Nueva Zelanda. Se les pidió que contribuyesen por su parte a los gastos y a votar los acorazados.

Y es lo que hicieron. Hoy se construyen *dreadnoughts* por cuenta de las colonias, y éstas reclutan armas y preparan cuerpos de voluntarios.

Todas las fuerzas del Imperio, en los cinco continentes, se dirigen hoy, en un inmenso esfuerzo, hacia la guerra.

Naturalmente, los alemanes, en presencia de esa terrible amenaza, no han permanecido inactivos.

Durante treinta años habían vivido en la idea de que sólo Francia o Rusia podían atacarles, y se habían contentado con ir reforzando el ejército de tierra.

De repente, lanza el Emperador el grito de alarma. En 1898, pronuncia las famosas palabras: «¡Nuestro porvenir está en el agua!»! Tras de lo cual, se puso a dibujar y a pintar acorazados, pidiendo a su Parlamento que votase un programa naval.

Los diputados, al principio, no entienden, y lo rechazan. Pero, gracias a los esfuerzos de la *Liga marítima*, se enteran comerciantes, financieros e industriales del peligro que les amenaza.

Y entonces, los programas suceden a los programas, *superdreadnoughts* se suman a los *dreadnoughts*; los grandes astilleros de Bremen, Hamburgo y Stettin trabajan con actividad febril.

Para hacer frente a estos gastos colosales, el buen alemán consiente, no sin pena, en que graven su cerveza y su tabaco.

En 1914, cuando los programas actualmente en curso estén acabados. Inglaterra contará con 30 *dreadnoughts* y Alemania con 26.

Las fuerzas estarán poco más o menos igualadas.

La guerra a las fábricas

¿Qué será esta guerra?

Aquí es donde hay que desembarazarse de las ideas tradicionales. No se tratará, para Inglaterra, de desem-

barcar 100,000 hombres en las costas de Hannover, con objeto de marchar hacia Berlín.

De igual modo, no se trata, para Alemania, de lanzar un cuerpo de desembarco contra Londres.

¿Qué quiere Inglaterra? Arruinar la industria alemana, y, para eso, es buen medio el privarla de las primeras materias y cerrar las salidas.

Lo cual no aparece impracticable.

Las grandes fábricas del Rhin, de Sajonia, de Silesia; esas herrerías, esas filaturas, esos tejidos que hacen tan terrible competencia a sus rivales de Birmingham y de Manchester, ¿con qué trabajan?

Trabajan el mineral de hierro que viene de España o de Suecia; los algodones que vienen de los Estados Unidos o de Egipto; las lanas del Cabo, de Australia, de la Argentina. Y todas esas materias indispensables les llegan *por mar*, particularmente por los dos grandes puertos de Bremen y de Hamburgo.

Pues bueno; supongamos a estos dos puertos, y sus vecinos del mar del Norte, bloqueados por una flota inglesa: En seguida, dejan de llegar ya, a las fábricas del Rhin, de Sajonia, de Silesia, el mineral de hierro, el algodón y la lana; los productos fabricados no pueden ya salir y se abarrotan los almacenes; no entra ya más dinero, los dividendos son nulos; el paro hace estragos. El trigo, la carne, que se hace venir, en cantidad, de América, como no llega, hace que suba el precio de las subsistencias. *Y, poco a poco, la miseria y la ruina irán pesando sobre todo un pueblo.*

Durante ese tiempo—y suponiendo, como es probable, que el mar quede libre para los buques ingleses—los productos británicos volverán poco a poco a recobrar su preponderancia en todos los mercados del globo.

El Gobierno de Londres se aprovechará de su superior-

ridad militar para hacer tratados, convenciones aduaneras con los diversos países, acaparar los pedidos de rieles, las concesiones ferroviarias, crearse en todas partes, donde pueda, «cotos cerrados», como en Marruecos y en Egipto.

Terminada la guerra, Alemania encontrará su puesto ocupado y la industria germánica se hallará en estado de inferioridad quizás durante un siglo.

El «embotellamiento» de los puertos del mar del Norte, tal es, pues, el objetivo de la guerra futura.

Las maniobras inglesas.

Y que no se diga: Esas son hipótesis—ingeniosas, verosímiles tal vez,—pero al fin simples suposiciones...

¿Se recuerda cuál fué, hace dos años, el tema de las grandes maniobras navales inglesas? *La captura de los barcos de comercio que pasan entre España e Irlanda.*

Sobre toda esta vasta extensión, el Almirantazgo vió prolongada una inmensa línea de acorazados y cruceros interceptando la entrada de la Mancha. Y todos los barcos mercantes ingleses (en caso de guerra hubieran sido evidentemente los barcos alemanes) que intentaban franquearla, eran detenidos y capturados.

Es más; he aquí el tema de las maniobras del último año: *Suponiendo una flota enemiga en el Atlántico, otra en el mar del Norte, una flota inglesa instalada en la Mancha ¿podría impedirles el unirse?*

Tal es, pues, según el propio Almirantazgo inglés, el objetivo de la guerra próxima: embotellamiento de los puertos alemanes, robo de la flota mercante alemana, para impedir el aprovisionamiento de las fábricas y la exportación de los productos germanos.

Es una especie de «bloqueo continental» que vamos a

volver a ver como en los tiempos del gran duelo entre Napoleón I e Inglaterra.

Y mientras queda esto establecido se va a poder comprender qué papel se quiere hacer jugar a Francia en esta lucha sin piedad.

Para destruir por la fuerza la industria alemana que la molesta, Inglaterra sólo tiene un medio: quitarle sus primeras materias y cerrarle sus mercados bloqueando sus puertos.

Los puertos bases de Alemania.

He hablado hasta aquí como si las fábricas del Rhin, de Sajonia y de Silesia, se aprovisionasen únicamente por Bremen y Hamburgo. Y esto no es exacto.

Hay dos puertos que desempeñan en la vida económica de Alemania un papel casi tan importante.

Rotterdam y, sobre todo, Amberes. Rotterdam, situado sobre el Rhin, no lejos de su desembocadura, recibe por millares los barcos que, remontando el río, llevan a las forjas, a las filaturas de Westphalia, los minerales de hierro, los algodones, las lanas necesarias a su actividad.

A su vez Amberes, sobre el ancho estuario del Escalda, está mucho más cerca de Essen que Bremen. Es de allí, por los ferrocarriles y los canales belgas, por donde la industria rhenana obtiene una gran parte de sus materias primas. Es por allí por donde ella exporta y extiende por el mundo entero la mayor parte de sus productos.

Así, Rotterdam y Amberes se han convertido en dos grandes factorías de la industria germánica. Son—comercialmente hablando—dos ciudades alemanas.

Se comprende, por lo tanto, toda la importancia internacional de los dos puertos. Amberes y Rotterdam son los puertos bases de la fortaleza alemana, por donde ella continuará comunicándose con el exterior. Mientras

ellos estén abiertos, puede Inglaterra bloquear Bremen y Hamburgo, puede pasear sus dreadnoughts monstruosos por los mares; todos sus esfuerzos serán vanos. Verá como ante la boca misma de sus cañones, la industria alemana aprovisiona a sus fábricas y extiende, como antes, sus productos a través del mundo.

He ahí por qué el Kaiser tiende con todas sus fuerzas a mantener abiertos Rotterdam y Amberes.

He ahí por qué, con todas sus fuerzas también, el Gobierno de Jorge V debe cerrarlos.

La neutralidad de Bélgica.

Por lo que hace a Rotterdam, eso quizás no será muy difícil.

Holanda está, desde hace mucho tiempo, dentro de la órbita de la política germana. Su comercio se hace sobre todo con Alemania; sus ferrocarriles están, en gran parte, bajo la fiscalización de Berlín; su Gobierno sigue de buena gana las inspiraciones de Guillermo II.

Pero no sucede lo mismo con Amberes.

Bélgica, como se sabe, es un país neutral. Por un tratado solemne, todas las potencias vecinas se han comprometido, en caso de guerra, a respetar su territorio, aun si una de ellas se dispusiera a hacer pasar sus tropas, todas las demás deberían armarse para impedirlo. Es ésta una grave dificultad para Inglaterra, pues para ella es indispensable cerrar Amberes, y no puede penetrar allí sin violar los tratados y correr el riesgo de provocar una guerra europea.

Felizmente hay un medio de esquivar el obstáculo. Amberes no está al borde del mar; es, como Rouen, Nantes o Burdeos, un puerto fluvial que se encuentra a 70 kilómetros al interior de la costa. Para cerrar el acceso al puerto, no hay necesidad de desembarcar en él: basta

con instalar una escuadra en la desembocadura del río e impedir el paso de los barcos.

La cuestión de Flesinga

Solamente que aquí surge una nueva dificultad.

La desembocadura del Escalda se encuentra en territorio holandés y está dominada por una plaza holandesa llamada Flesinga. Pero el Gobierno de la reina Guillermina—evidentemente empujado por Guillermo II—acaba de decidir la fortificación de esta ciudad.

Toda la prensa inglesa ha llenado de amenazas a Holanda. Y el sesudo *Times*, órgano oficioso del ministerio de Negocios Extranjeros, ha declarado parodiando una frase famosa:

«Flesinga fortificada, es una pistola apuntada al corazón de Inglaterra.»

Intimidados, quizás, por estas amenazas, el Gobierno y el Parlamento holandés no han puesto aún su proyecto en ejecución.

Es preciso, para que Inglaterra triunfe de Alemania, que Amberes sea cerrada; es necesario, para que Alemania pueda resistir, que Amberes permanezca abierta. Para ambas es ésta una cuestión vital.

Es, pues, alrededor de Amberes, donde se decidirá la suerte de los dos Imperios, es en las planicies de Bélgica donde se jugará entre las dos grandes naciones industriales la dominación económica del viejo mundo.

Pero, la neutralidad de Bélgica es garantía para Francia. Por eso cada una de estas dos potencias busca en este momento el arrastrarnos a este espantoso conflicto.

—¡Ah!—diréis,—si Inglaterra y Alemania desean batiarse a toda costa, allá ellas. En cuanto a nosotros, no tenemos por qué mezclarnos; permanezcamos neutrales.

—¡Es la prudencia mismal Desgraciadamente eso no

es fácil, pues cada uno de los dos adversarios quiere arrastrarnos al conflicto.

Inglaterra necesita nuestro ejército.

Alemania tiene necesidad de nuestro dinero. Las dos nos arrastran.

Y éste es el secreto de las excitaciones patriotas que la prensa fomenta en gran escala en este momento. Esto no es sino el principio. Razón de más para examinar con sangre fría la situación.

Inglaterra necesita nuestro ejército

Inglaterra, ya lo he dicho, para matar por hambre a la industria alemana, tiene necesidad absoluta de bloquear Amberes. Pero debe contar con que el Kaiser no se lo dejará hacer sin resistencia.

Es preciso que Inglaterra desembarque tropas en Bélgica; es preciso que estas tropas cierren el camino al ejército prusiano y lo arrojen sobre el Rhin o el Mosa.

Por esto precisamente lord Kitchner, el gran general inglés, ha pronunciado esta frase famosa: «*La frontera del Imperio británico en Europa, no es el paso de Calais, es la línea del Mosa*».

¡Extraña fórmula que demuestra qué caso se hace en los dos campos, alemán e inglés, de la neutralidad de Bélgica!

¿Pero con qué tropas ocupará Inglaterra esta frontera? Aquí comienza el embarazo del Gabinete de Londres. Se sabe que Inglaterra no conoce el servicio militar obligatorio. Ella sola en Europa ha evitado el imponer a sus ciudadanos la pesada carga de la «nación armada». Fuerte con la potencia de su flota, se ha contentado hasta ahora con un pequeño ejército de soldados de oficio y una reserva de 200,000 voluntarios, gentes valientes, pero sin preparación ni disciplina, y cuya insuficiencia ha sido

denunciada por el propio Ministro de la Guerra, M. Haldane.

Se sabe además la triste figura que hizo este ejército frente a los boers. Pero, si la guerra estallase mañana con Alemania, no es con paisanos heroicos, pero sin táctica ni disciplina, con los que habría de medir sus fuerzas; es con un ejército regular, perfectamente equipado y «entrenado», superiormente organizado y que pasa actualmente por el mejor de Europa. ¡Los «voluntarios» de Londres, con sus oficiales de parada, luchando con el ejército alemán después de seis semanas de ejercicio!...

En presencia de este gravísimo peligro, el gran Estado Mayor ha lanzado el grito de alarma. El jefe supremo del ejército, lord Roberts, ha declarado en pleno Parlamento: «No hay sino un remedio para la situación presente: el servicio militar obligatorio para todos los ingleses».

Desgraciadamente, este remedio no parece ser del agrado del pueblo inglés.

Siempre ha considerado éste como una ventaja inapreciable el no estar obligado a pasar dos años de su vida en el cuartel, en ejercicios fatigantes e improductivos.

Además, las ideas *chauvinistas* son allí tan fuertes como en el Continente. *El imperialismo de los «grandes ingleses» es tanto más belicoso, cuanto que cada uno de ellos sabe muy bien que no tendrá que derramar su sangre por la gloria del Imperio.*

Pero si fuese preciso de pronto coger el fusil y la mochila, e ir a romperse la cabeza sobre las llanuras de Bélgica, para asegurar el triunfo de las concepciones de M. Chamberlain, es probable que la política de los patriotas ingleses perdería muchos de sus partidarios.

Liberales y conservadores han sentido esta resistencia

poderosa del instinto popular. Han comprendido que querer imponer el servicio militar obligatorio a los ciudadanos de la libre Inglaterra, sería arruinar para siempre su política belicosa. Después de algunas tentativas infructuosas en la Cámara, han renunciado a ello.

* * *

Pero forzosamente necesitan tropas para ocupar Bélgica y arrojar a los prusianos sobre el Mosa.

Entonces, no encontrándolas en su propia casa han pensado en Francia.

«Nos faltan soldados, han dicho, pero Francia los tiene. Allá, al otro lado del paso de Calais hay un ejército numeroso, bien preparado, bien disciplinado, bien equipado, capaz, en una palabra, de sostenerse frente a Alemania. Los franceses son valientes, son belicosos; aman la guerra y saben hacerla; bastará con que se les diga las hermosas frases de «honor nacional», de «de intereses superiores de la patria y la civilización» para que marchen. Tratemos de conquistar para nosotros el ejército francés.

«Esto no es difícil. La democracia francesa es puramente decorativa. Este pueblo está gobernado en realidad por una oligarquía de financieros y metalúrgicos que tienen en sus manos la prensa y los hombres políticos.

«Tratemos con estas gentes. Prometémosles algunos grandes empréstitos de prima, en que sus banqueros cobrarán fuertes comisiones; procuremos hacerles obtener algunas peticiones de ferrocarriles en Turquía, algunas grandes empresas en Libia, en Etiopía o en Marruecos.

«¡Y por algunos millones nos venderán el ejército francés!»

* * *

Así han razonado estos buenos señores, y sus hombres políticos se han puesto al trabajo.

Después de 1903, apenas liquidada la guerra del *Transvaal*, *Eduardo VII* vino a *París*, y todo el buen pueblo de los mentecatos, que tanto *había gritado*: «¡*Viva Krüger!*» aprendía en la prensa que era necesario a toda costa gritar: ¡*Viva Inglaterra!*

Para recompensarnos, el Gabinete de Londres, a cambio de Egipto, donde teníamos la fiscalización financiera, nos dió generosamente Marruecos..., que no le pertenecía.

¡Y en todos los banquetes oficiales se aclamó a la *Entente Cordiale!*

Pero no bastaba esto.

Habiendo sido derrotado Delcassé, que desde 1905 quería arrastrarnos a una guerra con Alemania, Inglaterra comprendió que era preciso obrar con prudencia.

Esperó a que el amigo y comensal de *Eduardo VII* volviese al poder. Como por casualidad se le hizo Ministro de Marina. Y, como por casualidad—también—la víspera de su subida al poder, se anunció que estaban en curso entre Londres y París, negociaciones para la conclusión de una *convención militar*.

¡*Esta convención será «defensiva», naturalmente! Pero será tan fácil al Gobierno británico, al bloquear Amberes, forzar a Alemania a declararle la guerra!...*

¡*Y en este caso, nosotros, los franceses, seremos los que tendremos que ir a rompernos la cabeza en las llanuras de Bélgica, no por el rey de Prusia, sino por el rey de Inglaterra!*

* * *

He aquí lo que se maquina en el claro-oscuro de las correspondencias diplomáticas y en el silencio de los Parlamentos.

Siempre tuvo Inglaterra necesidad de un «soldado» en el Continente. Antes, en la época de su lucha contra Napoleón, pagaba a las tropas prusianas y austriacas para marchar contra Francia. *Hoy, es a nuestro piou-piou (*) a quien Inglaterra busca para arrojarlo sobre el prusiano.*

Los papeles han cambiado; la pieza es la misma. ¡Queda por saber si nosotros queremos representarla!

Francia y Alemania

Yo conozco muchos bravos franceses que se imaginan que el emperador Guillermo, al tomar todas las mañanas el chocolate, se pregunta si no va a dar orden de movilización y a lanzar sus hulanos sobre Nancy.

Creen que el único cuidado de los prusianos es el arrojarse sobre nosotros. Y es menester confesar que los grandes periódicos hacen todo lo posible por mantener ese temor.

Ello es indispensable a nuestros metalúrgicos para hacer votar los cañones y los acorazados que enriquezcan a sus accionistas. ¿Qué sería de los dividendos del Creusot sin el miedo al coco alemán?

Además, es preciso reconocer que el Gobierno de Berlín está haciendo la misma jugada con el pueblo alemán. Desde 1871, siempre que *Bismarck* y sus sucesores han querido arrancar al *Reichstag* un septenado militar y

(*) Nombre cariñoso con que llaman en francés al soldado de infantería.—N. del Traductor.

nuevos armamentos, han tomado dos o tres artículos de *La Patrie* y un discurso de *Déroulède*, servido todo reforzándolo con grandes rasgos de elocuencia y agitando el espectro del desquite; así han obtenido para sus metalúrgicos todo lo que han querido.

Es decir, por ambos lados el mismo juego de palabras amenazadoras y efectos de tribuna.

Pero ¿cómo distinguir si esas amenazas son sinceras o si son simplemente un *bluff*... metalúrgico?

Para eso, basta examinar los intereses económicos de las dos potencias. En Alemania, como en Francia, como en todas nuestras grandes naciones europeas, esos intereses—y no el capricho de los monarcas—*son los que dominan la política extranjera y deciden de la paz o de la guerra.*

Nada de conflictos económicos

Desde hace cuarenta años, no es ocasión de atacarnos y vencernos lo que ha faltado a Alemania. Si no lo ha hecho no ha sido tampoco por simpatía hacia nosotros. Es porque su atención ha estado enteramente absorta por la idea de hacer de su país una gran nación industrial.

Hoy, el mismo éxito suyo, la pone en rivalidad con Inglaterra.

Bajo el aspecto comercial, Alemania vende a Francia próximamente tanto como compra de ella.

Por otra parte, en todos los mercados del mundo exportan los alemanes productos de uso corriente, máquinas, quincallería, tejidos de algodón, etc. Nosotros, por el contrario, no exportamos sino objetos de lujo, artículos de París, modas, alhajas, etc., en lo cual no puede rivalizar con nosotros el gusto alemán.

De modo que no hay competencia comercial, no hay conflictos económicos.

—Pero tenemos nuestras colonias—se me dirá—Alemania no las tiene; ¿no podría cogérmolas?

A los que tuvieran ese temor les aconsejo que lean la relación de M. Viollette. Allí verán la triste situación de nuestras colonias.

Por otra parte, no es en vísperas de un grave conflicto con Inglaterra cuando Guillermo II podrá desear multiplicar sus puntos vulnerables en la superficie del globo. Preferirá con mucho colonizar la Turquía asiática, a la sombra de la independencia otomana.

Queda la conquista de alguna provincia francesa. ¡Ay! Alemania sufre todavía por el abuso de las anexiones: hace siglo y medio que no puede digerir a Polonia; el Sleswig danés, el Hannover mismo, no hacen más que aburrirla; y da la autonomía a los alsacianoloreneses, a quienes no llega a gobernar.

No hay más que un territorio que podría apetecer. El Imperio no tiene minerales de hierro, y, como precisamente en la frontera, en Meurthe-et-Moselle, se ha descubierto uno de los yacimientos más ricos del mundo, podrían los industriales del otro lado del Rhin ser tentados de pedir su anexión.

Pero es bien inútil, pues nuestros capitalistas mismos han cedido a sus rivales alemanes, por participaciones libremente consentidas, una buena parte de sus concesiones. *¿Para qué se había de esforzar Guillermo II en conquistar por la fuerza una riqueza que nuestros patriotas metalúrgicos le entregaban todos los días de buen grado?*

Verdaderamente que estoy buscando las razones que tienen los alemanes para atacarnos, y no las hallo.

El sindicato franco alemán de 1902

En cambio, veo muy bien las razones que tienen de tratarnos con miramientos.

Primero, y éste es el punto esencial, *ellos tienen necesidad de nuestro dinero.*

Para crear una industria hacen falta capitales, y Alemania no tiene bastantes.

Todos los años, las creaciones de nuevas fábricas absorben el ahorro nacional y más todavía, y cuanto más se desarrolla el país, tanto más dinero necesita.

¿En dónde hallar ese dinero más que en Francia, en este país de capitalistas sin iniciativa, que no saben servirse del ahorro más rico del mundo, y no saben sino prestarlo a los extranjeros?

En 1902, intentó Guillermo II una alianza financiera con nuestros Bancos. Acababa de obtener del sultán de Turquía la concesión de aquel «ferrocarril de Bagdad» que en tan alto grado excitaba la codicia de Europa.

El Kaiser, entonces, se acercó a nuestros Bancos. Se constituyó un sindicato franco alemán: tenía por presidente a M. Arthur von Gwinner, presidente del *Deutsche Bank*, y por vicepresidente a M. Vernes, colega de Rothschild en la Compañía del Norte y en la del Mediodía, administrador del Banco de *L'Union Parisienne* del *Banque Ottomane*, del ferrocarril «Salónica-Constantinopla», etc. A sus espaldas se encontraban Rouvier, G. Aubyneau, etc.

Formado el acuerdo entre la gente de negocios, se hacía inevitable una aproximación diplomática. Y ya *M. Jules Lemaître* (aun no se había hecho nacionalista y *camelot* del rey) *predicaba el olvido del pasado y la amistad alemana.*

No hay duda de que si hubiese resultado esta combinación, *con Alemania* tendríamos hoy nosotros la *Entente Cordiale.*

La visita de Eduardo VII

Pero entonces empezó Inglaterra a inquietarse.

En su lucha económica con Alemania, no tenía ella más que una superioridad: la abundancia de sus capitales. Si Francia prestaba los suyos a su rival, la supremacía británica se vería definitivamente comprometida.

Al punto, a principios de 1903, acudió, con gran pompa, a París Eduardo VII.

Estupefactos los parisienses, que dos años antes habían gritado: «¡Viva Krüger! ¡Abajo Chamberlain!» supieron de pronto que, en adelante había que gritar «¡Viva Eduardo VII!».

¿Qué pasó entre el Rey y Delcassé, Vernes y algunos otros? La historia únicamente podrá decirlo.

Un hecho es cierto: que al día siguiente de la partida del Rey para Londres, las agencias financieras anunciaban que M. Vernes y su grupo se retiraban de la combinación del camino de hierro de Bagdad y que el sindicato franco alemán estaba roto.

Un año después la *Entente Cordiale* era concertada con Inglaterra.

En cambio del abandono de toda fiscalización financiera en Egipto y para indemnizar a nuestros capitalistas de la pérdida de su participación en el negocio de Bagdad, el Gabinete de Londres nos hizo el regalo de Marruecos. Nos lo dió con tanta más buena voluntad cuanto que no le pertenecía; y hoy mismo se puede ver por lo que pasa en Fez, que no se debe comprar la piel del oso antes de haberlo matado...

Sea lo que fuere, *M. Delcassé*, ligado a la fortuna de Inglaterra, se consideró, naturalmente, en el deber de «bloquear» a Alemania y de arrastrarnos a la guerra con ella.

Se sabe como fué «arrojado por la borda» por Rouvier en 1905.

Los esfuerzos de Guillermo II

En este momento, Guillermo II tenía una excelente ocasión para atacarnos: toda nuestra prensa nacionalista unánimemente declara que nuestros invencibles generales hubieran sido derrotados.

El Kaiser no lo hizo. ¡Oh, no es por simpatía hacia Francia! Es simplemente porque su interés le aconseja halagarla.

En vez de atacarnos, busca por todos los medios reanudar las relaciones con nuestras gentes de negocios. Desde 1906, en Asia Menor, en el Sindicato del *Ouentza*, en la Unión de las *Mines Marocaines*, se ingenia para asociar los capitalistas alemanes y los capitalistas franceses. Ha reconstituido oficiosamente en Glaris, Suiza, un pequeño *sindicato franco alemán* para las emisiones del ferrocarril de Bagdad; sus Bancos toman cada trimestre con descuentos onerosos fuertes sumas al *Crédit Lyonnais*. Por todos los medios se esfuerza en colocar las cosas en el mismo estado en que se encontraban en 1903, antes de la visita de Eduardo VII a París.

¿No le hemos visto en el momento del accidente del famoso dirigible *Patrie*, ser el primero en enviar una corona a los funerales de los oficiales muertos?...

Lo repito; estas manifestaciones son interesadas. Si *Guillermo II* busca por todos los medios el aproximarse a nuestro país, es porque tiene necesidad de nosotros. Es que su industria, para alcanzar todo su desarrollo, necesita de los capitales de Francia. Y esto sólo es ya una garantía de que *Alemania no busca el hacernos la guerra*.

Sobre todo en caso de conflicto *anglo alemán* el ahorro francés sería muy necesario al Kaiser. Y esto es lo que hace tan difícil la situación de nuestro país.

La salud del Imperio es la Bolsa de París

Hace dos años, en Hamburgo, tuvo lugar un Congreso de banqueros alemanes, al que asistió todo lo más notable de la finanza del país.

«Nuestra movilización militar, dice la relación, está hecha y bien hecha. Pero nuestra *situación financiera* no está lista. Una guerra con Inglaterra costará por lo menos 5,000 millones por año; y durará tal vez dos años...»

Estos 10,000 millones, ¿dónde los encontrará Alemania? Ni en Londres, ni en Nueva York, evidentemente.

Entonces no queda más que Francia, este país tan rico que no sabe que hacer con su ahorro; Francia que, este año, ha suscrito 6,000 millones de valores (de los cuales 4,800 millones son valores extranjeros). Es el rentista francés quien al prestar últimamente 2,000 millones a Rusia, le permitió resistir durante dos años a los asaltos del Japón.

¡Si se dignase hacer lo mismo con Alemania!... Entonces Alemania, sin agotarse, podría sostener el choque con Inglaterra.

¡La salud del Imperio está en la Bolsa de París!

He aquí el servicio inmenso que Francia, por la sola fuerza de su ahorro, puede rendir a su orgullosa vecina. Y se comprenden todos los esfuerzos de Guillermo II para atraerla, de bueno o de mal grado, con sonrisas o por amenazas, a su órbita.

Desgraciadamente, **prestar el dinero a Alemania equivaldría a enfadarse con Inglaterra.** Es un hecho conocido de todo el mundo, que la admisión en la cotización oficial de París de los valores alemanes traería consigo la ruptura inmediata de la *Entente Cordiale*.

Así, henos aquí en esta angustiosa situación. Cada

uno de los dos adversarios busca el lanzarnos contra el otro: uno tiene necesidad de nuestro dinero, el otro de nuestro ejército.

Existe ciertamente una solución que consiste en *permanecer neutrales*, en no dar a ninguno ni nuestro apoyo militar ni nuestro apoyo financiero. ¿Pero podemos hacerlo? Alemania, si le negamos los empréstitos que necesita, ¿no buscará el coger nuestro dinero por la fuerza? Grave problema que no podemos decidir sin haber reflexionado.

Doble guerra, dobles gastos

Suponed entablada la lucha entre los dos rivales industriales, e imaginad que Francia permanece neutral.

A la primera noticia de la declaración de guerra—ha escrito M. Riesser, antiguo director del *Banco de Darmstadt*,—en toda Alemania los pedidos son anulados, las transacciones comerciales detenidas, los transportes acaparados por las tropas, los capitalistas retiran sus depósitos de los Bancos, los establecimientos de crédito ven vaciarse sus cajas.

Pero, hasta este instante, el Estado, para hacer frente a los gastos de la guerra, está obligado a emitir uno tras otro, empréstitos por centenares de millones.

El oro se hace raro en el preciso momento en que se tiene más necesidad de él. Se entra en la obligación de declarar el «curso forzoso» de los billetes de Banco. Sin embargo, puede ocurrir que a fuerza de sangre fría y de confianza en su Gobierno, los capitalistas alemanes, sobre todo si su flota no es vencida en seguida, se apresten a evitar esta crisis.

Pero supongamos que Francia, ligada con la Gran Bretaña por un convenio militar, sea obligada a entrar en línea.

Cambia en seguida la escena. *No basta ya enviar dos cuerpos de ejército sobre Amberes: será necesario movilizar el ejército entero, lanzar un millón de hombres sobre el Mosa y los Vosgos, transportarlos, abastecerlos, alimentarlos. No es ya una guerra la que hay que sostener, son dos: una por mar y otra por tierra, la cual no será la menos costosa.*

Francamente se cree que Alemania, que ya no tiene dinero suficiente para hacer la guerra marítima, ¡irá contentísima, si nada la obliga a ésta, a echar sobre sus hombros el enorme peso de una guerra continental!

Eso sería insensato. Y *los hombres de Estado alemanes, sobre todo los banqueros, que dirigen su política, nos han demostrado que saben contar.*

Francia cogida en «rehenes»

¡Oh! ya sé yo que los periódicos patrioterros del otro lado del Rhin (los hay en Alemania como entre nosotros) hacen resonar amenazas feroces. El famoso profesor Schiemann, el Déroulède alemán, ha dicho: «En caso de guerra con Inglaterra, cogeremos en *rehenes* a Francia». Y el viejo bismarckiano Maximiliano Harden ha declarado: «¡Invadiremos a Francia, le impondremos una contribución de guerra de 20,000 millones, y, con ese dinero cubriremos los gastos de la campaña contra los ingleses!»

Simples fanfarronadas de que se sirven con afán nuestros nacionalistas, y que no resisten a cinco minutos de examen.

Pues, antes de arrancarnos 10 ó 20,000 millones, sería necesario primero adelantar 2 ó 3,000.

De modo que, en el momento preciso en que Alemania tendría necesidad de todos sus recursos contra Inglaterra, se vería obligada a distraer 1,000 ó 2,000 millones para hacer la guerra a Francia. Muy imprudente es co-

rrer dos liebres a la vez, sobre todo dos liebres de esa talla.

—Pero, con la indemnización de guerra—me diréis—se cobrará el Kaiser sus desembolsos, y todavía le quedará una buena cantidad para hacer la guerra a Inglaterra.

Así razonan los que no conocen nada de negocios financieros. Pero ¿creen éstos, por ventura, que 10 ó 15,000 millones se pagan en un periquete, como una cuenta de la tienda de comestibles?

Después del desastre de 1870, nosotros empleamos más de dos años en entregar a Alemania los 5,000 millones; y todos en Europa—y los mismos prusianos—han considerado eso ¡como un esfuerzo asombroso!

La Francia de hoy es más rica aún que la de entonces, por supuesto. Pero, si se le piden 10,000, 15,000 o hasta 20,000 millones, no será malo que no tarde más que tres o cuatro años en pagarlos. Así y todo, los primeros 1,000 millones no se pagarían antes de un año o dos. Y, para entonces, la guerra con Inglaterra habrá ya terminado: el dinero francés llegará demasiado tarde.

Y precisamente con eso se cuenta en Londres. ¡Oh! ¡no se hacen allí ilusiones acerca de nuestro valor militar! Piensan muy bien que seremos batidos en las llanuras belgas, en donde tal vez hallaremos un segundo Waterloo. Pero habremos obligado a Alemania a hacer *simultáneamente* los gastos de una doble guerra por mar y por tierra. Y, así, habremos nosotros contribuído a vaciar su Tesoro.

Luego, si como decía Luis XIV, *la victoria es del último peso duro*, el Kaiser, extenuado por su esfuerzo en el Continente y sin capitales para pertrechar su flota, se verá obligado a capitular. *Ese será el triunfo de Jorge V.*

A la verdad, Francia, muy probablemente, habrá sido

invadida, saqueada, gravada para toda una generación por una enorme contribución de guerra; pero Inglaterra habrá salido al cabo de su rival. *Enfrente de una Alemania vencida y de una Francia debilitada, habrá conquistado y reforzado ella su absoluta preponderancia en el mundo: ¡Rule Britannia!*

Tales son los riesgos de una combinación que tiende a transformar la *Entente Cordiale*, cosa excelente, en una *alianza militar*, cosa peligrosa.

Alemania no tiene ningún interés en hacernos la guerra.

¿Tenemos nosotros interés en ligarnos con su adversaria para atacarla?

Ese es el último punto que nos resta examinar.

La neutralidad es posible

Dos actitudes son posibles:

Tomar partido por una de las dos potencias.

Permanecer neutral.

Tomar partido por Alemania es dañosísimo. Indudablemente, el Kaiser no nos pedirá acorazados ni soldados: no necesita más que nuestro dinero. Pero la inscripción de los empréstitos alemanes en la cotización de la Bolsa atraería inevitablemente la ruptura de la *Entente Cordiale*. Y eso sería volver a empezar, en todos los puntos del globo, aquella *política de alfilerazos* que en 1898 nos condujo a Fashoda. Jamás un francés perspicaz aconsejará tal cosa.

Tomar partido por Inglaterra es más peligroso todavía. El primer regimiento francés que franquease la frontera belga para marchar sobre Amberes desencadenaría contra nosotros una guerra formidable. Todos los oficiales franceses a quienes he consultado hacen constar que, conforme a las medidas tomadas por el Estado Mayor

alemán, el choque sería de una instantaneidad y una violencia inauditas.

¿Qué hacer entonces?

Mantener la neutralidad.

Ello es fácil. Inglaterra no tiene niugún medio de obligarnos a marchar sobre Amberes; y Alemania tampoco puede, por la fuerza, obligarnos a prestarle los capitales de nuestro aborro.

En estas condiciones, una sola actitud parece la posible, razonable, prudente, conforme al interés del país como al bien de la paz universal.

El Gobierno francés debe decir a los ingleses:

No tendréis nuestro ejército.

Y a los alemanes:

No tendréis nuestro dinero.

Así, no os batiréis, y Francia habrá hecho un buen servicio, no sólo a sus intereses, sino también a los de la humanidad.

O bien: si absolutamente queréis destrozarnos, ¡buen provecho os haga!, pero no contéis con nosotros para ayudaros en ello. *En esa lucha fratricida, no se gastará ni un céntimo de dinero francés, ni se ha de derramar una sola gota de sangre francesa.*

Tanto al uno como al otro, les decimos: *¡Ni un escudo ni un soldado!*

He aquí lo que diría Francia si fuese consultada.

El vértigo del absolutismo

Desgraciadamente, no le preguntarán su opinión. A pesar de las apariencias democráticas, se sabe que el pueblo no se gobierna, ni examina a sus gobernantes. Una cuadrilla de capitalistas se ha hecho dueña de los Consejos de Administración de las grandes Sociedades financieras; ellos tienen en sus manos los Bancos, las

minas, los ferrocarriles, las compañías de navegación, las de aguas, las de gas, las de electricidad; en una palabra, *todo el mecanismo financiero de Francia*. En *La Guerre Sociale* he demostrado cómo dominan ellos el Parlamento, disponen de los ministros y está pagada por ellos la prensa de gran circulación, que es la que forma la opinión pública. Hábilmente escondidos detrás de la pantalla democrática, son, en realidad, *los amos de los destinos del país*.

Así es que una especie de vértigo parece que se ha apoderado de esas gentes, el vértigo del poder absoluto, el que arrastró a Luis XIV y perdió a Napoleón. Raras veces se ha ofrecido una tentación semejante a hombre alguno o a una clase. Pensemos que Francia puede ser actualmente *el árbitro del mundo*. Si presta sus soldados a Inglaterra, puede desplomarse el coloso alemán; si ofrece su dinero al *Kaiser*, se mantendrá firme el prusiano, y el Imperio inglés será, tal vez, el que se disloque y caiga. ¡Qué tentación para una oligarquía sin contrapeso y sin comprobación, de echar su espada a la balanza y decidir del imperio del mundo! ¡Cómo no había de embriagar un tal papel a un Delcassé, hombrecillo megalómano, a quien sus cortesanos comparan a los grandes ministros del pasado, y que quiere dejar en la Historia el buen nombre de un Richelien!

Los financieros y la Alsacia-Lorena

He encontrado buenas gentes, que, ante la inminencia de un conflicto anglo alemán, se ponían a soñar con el desquite.

¡Oh, la Alsacia-Lorena! Puedo asegurar que nuestros financieros no piensan en eso: jamás en sus cálculos, jamás en las combinaciones de nuestros diplomáticos se halla vestigio alguno de tal preocupación. ¿Podría amo-

nedarse la Alsacia una vez reconquistada, y qué acción tendría eso sobre los dividendos de nuestros grandes Bancos?

Pero hay más: en Mulhouse se han desarrollado admirables filaturas; se han creado, a todo lo largo de la frontera, poderosas fábricas de acero, perfectamente montadas de maquinaria. Como son superiores a las nuestras, ha habido que protegerse contra ellas por medio de tarifas aduaneras. Supongamos que la frontera se lleve al Rhin; entonces todas esas fábricas harían una competencia desastrosa al Creusot y a las filaturas de los Vosgos, de Lille, de Rouen. Es menester, por lo tanto, que queden fuera de la línea de las Aduanas. No es sólo que nuestra gente de negocios no piense en coger de nuevo la Alsacia-Lorena, sino que ¡ni la querrían si llegase el Kaiser a ofrecérsela! Y por eso han dejado que se adormeciera en el pueblo el ensueño del desquite.

El precio de la sangre

Pues ¿qué quieren entonces?

Helo aquí:

1.º Ya sabemos que nuestros hombres de negocios han recibido de Inglaterra, Marruecos, como *premio de la Entente Cordiale*; debían ellos tener allí el monopolio de los empréstitos, y de los trabajos públicos, ferrocarriles, puertos, telégrafos, etc. Forzados a ir a *Algeciras*, no se consuelan de haber sido obligados a repartir todas las concesiones con los alemanes. Una guerra sería un buen medio de desembarazarse de un molesto socio y de reconquistar el *monopolio prometido por Inglaterra*.

2.º Alemania intenta hacer de Turquía un «coto de caza», en el cual se reservarían para sus nacionales las emisiones, los caminos, las minas. Es un hermoso pastel de los que están habituados a deducir magníficas partes

los Vitali, los Auboyneau y los Revoil del *Banco Otomano*, los Rouvier del *Banco Francés*, los Schneider del *Creusot*. *Ayudar a Inglaterra a aplastar a Alemania sería un buen medio de desembarazarse de un concurrente de cuenta*. No habría más que Inglaterra para repartir el lucrativo honor de civilizar a los turcos.

3.º En caso de guerra, habría muchos millares de millones de empréstitos que emitir, tanto por cuenta de Londres como por la de Francia. Y nuestros grandes bancos han guardado el recuerdo de los enormes beneficios realizados en 1871 y 1872.

He aquí el provecho que puede sacar la oligarquía financiera de su intervención en el conflicto.

Y, ciertamente, yo sé bien que en la *sociedad capitalista* actual es útil desarrollar los *mercados comerciales*. Pero, ¿vale una guerra eso? Pongamos en balanza las concesiones mineras de Marruecos, todo lo ricas que ellas sean, con los estragos de una guerra en Francia; pesemos en uno de los platillos 1,000 kilómetros de ferrocarriles turcos, y en otro las horribles matanzas de nuestras máquinas de guerra, los sufrimientos de los heridos, el duelo de las mujeres y de las madres y la miseria de los huérfanos; y dígaseme si los dividendos del *Creusot* valen ¡la sangre de 200,000 jóvenes franceses!

Y, sin embargo, eso es lo que puede sacar nuestro país de semejante aventura. ¡Reto a que se me demuestre lo contrario!

Pero este pueblo no es dueño de sus destinos. Una pequeña camarilla, irresponsable; pero poderosa, gravita con todas sus fuerzas sobre su diplomacia, intentando arrastrarla.

Ella es la que nos ha comprometido en *la aventura marroquí*; y ya sabemos que nuestros generales más frecuentemente obedecen a sus órdenes que a las del Go-

bierno. M. Ribot mismo se ha quejado de ello en la tribuna.

Ella es la que, en 1905, sostenía a Delcassé, cuando por poco nos llevó a la guerra con Alemania; ella es la que hoy le ha vuelto al poder, y le está procurando transformar la *Entente Cordiale* en una *alianza militar*.

Inglaterra conoce su poder, y, por eso, sin inquietarse mucho del Parlamento y de la opinión, trata con esas gentes y, por todos los medios, las asocia a sus negocios.

El «complot»

¿Queréis conocer uno de los hilos de la intriga?

Sigamos ese extraño asunto de Bernard Maimond, que parece lo quieren tapan ahora.

Un periodista, *M. André Tardieu*, ligado con la familia de Waldeck Rousseau, jefe de la sección de política exterior de *Le Temps*, confidente de los ministros y que entra a todas horas en sus gabinetes, está considerado en toda Europa como el portavoz oficioso del ministerio de Negocios Extranjeros. En sus artículos buscan la intención del Gobierno francés los otros periódicos franceses, la prensa extranjera y aun los Gabinetes europeos.

Ahora bien; *Inglaterra*, por hacer la contra al ferrocarril de Constantinopla a Bagdad, imagina echar una nueva línea férrea de Homs, en Siria, a Bagdad.

Se ha constituido un consejo de administración. ¿A quién encontraremos en él? A *sir Babington Smith*, brazo derecho de *sir Ernest Cassel*, antiguo banquero de *Eduardo VII*; *Cherif pachá*, general turco que combate vigorosamente en París la política del Comité «Unión y Progreso»; y, al lado de ellos, a *M. André Tardieu*.

Este ha hecho de esta empresa su negocio personal, y se esfuerza en obtener el apoyo del Gobierno francés.

No obstante, *M. Pichon* vacila en seguirle, y, enton-

ces, M. Tardieu, que hasta aquel día había sostenido fácilmente a nuestro ministro, critica con aspereza su política en *Le Temps*.

Al propio tiempo (simple coincidencia, pero que vale la pena de revelarse) su asociado en el negocio del ferrocarril Homs-Bagdad, el levantino *Bernard Maimond*, por mediación del joven *Rouet*, protegido de Tardieu, devuelve unos documentos secretos hurtados en el *Quai d'Orsay*. Un periódico de Londres, del que él es corresponsal, publica un resumen, igualmente secreto, de las negociaciones contraídas en Potsdam entre Guillermo II y el ministro ruso Sasonov.

De golpe, rehusan al Zar los financieros parisienses el empréstito de 1,200 millones, anunciado ya en la Bolsa; Nicolás II replica retirando sus tropas de la frontera alemana.

He ahí un ejemplo de lo que puede hacer la pequeña camarilla de los hombres de negocios que rodea a nuestro Ministerio de Negocios extranjeros y penetra en él.

En el estado presente del Mundo Antiguo, en donde un *fósforo* puede prender fuego a toda Europa, algunos *enredadores, engolosinados por el incentivo de una concesión de un ferrocarril en Turquía, pueden desencadenar sobre Francia un espantoso cataclismo.*

El plan

Pero, aun admitiendo que esa gente quiera la guerra —me diréis,—¿se puede creer que el pueblo francés dejará que se le lleve a ella? ¿Cómo se arreglarían para que se dejase matar por sus fútiles ambiciones?

El plan es sencillo; está todo convenido y su realización se puede seguir cualquier día:

1.º Se está ahora negociando un **Convenio militar con Inglaterra**. En caso de conflicto con Alemania, la

flota británica protegería nuestras costas del canal de la Mancha, y nuestras tropas marcharían sobre Amberes.

Por supuesto que esta convención (para tranquilizar la opinión pública) sería puramente *defensiva*.

Pero habréis notado *que todas las guerras modernas son siempre «defensivas»*. Preguntad a cualquier francés quién fué el agresor en 1870, y os dirá, de buena fe, que lo fué Bismarck, falsificando el despacho de Ems. Y si hacéis la misma pregunta a un alemán, os responderá, con igual buena fe, que fué Napoleón III, puesto que él declaró la guerra.

Del mismo modo, todos los rusos están convencidos de que el Japón, echando a pique los buques rusos en la rada de Chemulpo, fué el que promovió el conflicto; y todos los japoneses os responderán que, penetrando en Corea el Zar amenazaba la independencia y la seguridad de su nación.

De hecho, cuando estalla una guerra, es que la han querido igualmente ambos Gobiernos enemigos; pero cada uno de los dos pueblos está igualmente también convencido de que él no hace más que defenderse.

Luego, cuando plazca al *Foreign Office* empeñar la lucha, *ya sabrán arreglárselas sus diplomáticos para cargar sobre su adversario la responsabilidad del conflicto*; y nosotros tendremos que marchar, en virtud de una convención *defensiva*, en *auxilio del rey Jorge V*.

2.º Pero si se quiere que el campesino de Francia marche contento, es necesario *preparar la opinión*. Para eso es menester persuadirle de que el prusiano sueña todas las mañanas con invadir el territorio. Entonces, *una prensa servil*, se apodera de los menores incidentes para desnaturalizarlos y aumentarlos, *inquietando así al público*. Un incidente en la legión extranjera, el proce-

so de *La Lorraine sportive*, un robo de aeroplanos, todo le será bueno para excitar entre nosotros *el miedo y el odio al alemán*.

Un gran periódico, que hace su información por hilo especial, en las oficinas de *The Times* (*), sobresale en este juego. ¡Y esto no es más que el comienzo!

3.º *Finalmente, cuando se haya excitado suficientemente la opinión, cuando esa idea de un peligro alemán haya sido sugerida suficientemente a los espíritus, entonces, en una hermosa noche, los acorazados ingleses enfilarán a todo vapor hacia Flesinga. A la misma hora, poco más o menos, los regimientos prusianos de Aquisgrán, embarcados en trenes rápidos, correrán hacia Amberes.*

En seguida, según costumbre, echará mano el Gobierno francés de todos los telegramas, detendrá todas las cartas que podrían señalar los movimientos de las tropas beligerantes. Después se comunicará a la prensa una nota oficial.

Al día siguiente se publicarán en todos los periódicos, y con letras tan grandes como la palma de la mano, estas palabras:

La neutralidad de Bélgica ha sido violada.

El ejército prusiano marcha sobre Lille.

Porque no se dirá—y aquí está la trampa—que el cuerpo de ejército de Aquisgrán tiene por objeto a Amberes, se dirá que se dirige a la *frontera francesa*.

A causa de esta terrible nueva, repetida por millones de ejemplares de la prensa de gran tirada, cargarán con la mochila el campesino de Bretaña o del Cantal, *el modesto burgués patriota y el obrero mal informado*, persuadidos de que han atacado a Francia. Sin darles

(*) *Le Matin*. N. del T.

tiempo de reflexionar, a toda prisa, se les meterá en vagones de animales, dirigiéndoles a las llanuras belgas. El ejército alemán, estorbado en su marcha sobre Amberes, se les vendrá encima.

Y he ahí cómo, por la astucia de un pequeño grupo de financieros y de diplomáticos, se hallará un gran pueblo, todo entero, arrastrado a una guerra que no habrá querido.él.

La única probabilidad de paz

¿Es inevitable la guerra?

Creo que no.

Si en esta tan áspera lucha económica, empeñada entre Inglaterra y Alemania, hay en juego intereses vitales para ellas, no sucede lo mismo con respecto a Francia. Y conviene siempre esperar que un movimiento de la conciencia popular y el miedo a una sublevación detendrán a la gente de negocios antes del término de sus peligrosas intrigas.

Pero es necesario que se sepa bien: ese sobresalto de la conciencia popular no se producirá si los pueblos son advertidos a tiempo.

Las camarillas financieras que se agitan en las guardias de las cancillerías son poco numerosas; pero cuentan con el triunfo más terrible para este juego: con la ignorancia popular.

Las grandes palabras de *Honor, Patria, Bandera, Defensa nacional*, en nombre de las cuales y desde hace siglos se han cometido tantos crímenes y se han hecho tantas guerras injustas e inútiles, tienen siempre mucho poder sobre las masas.

Para impedir que se sirvan de ellas los financieros, es menester despertar la opinión, sacudir la soñolencia que la embota.

Y es menester, sobre todo, *desconfiar de los predicadores de paz* que la entretienen en una falsa seguridad.

Puede convenir a los políticos y a algunas gentes sencillas, el dormirse en la dulce esperanza del arbitraje obligatorio.

De hecho, Alemania ha declarado que no lo admitiría; y sir John Fisher, jefe supremo de la flota inglesa y delegado en la Conferencia de La Haya, ha pronunciado estas palabras de brutal franqueza:

«En caso de guerra, aunque tuviera que violar todos los reglamentos de todas las Conferencias de la paz, yo no tengo más que un fin: vencer. Los diplomáticos se arreglarán después.»

Es pues, una ilusión peligrosa el contar con los reglamentos en sentido amistoso de los grandes conflictos internacionales por medio del arbitraje.

En estos momentos, además, bajo la presión de los Gobiernos y de los financieros hostiles, se nota que va cediendo la propaganda pacifista en los centros burgueses.

Aun en las masas obreras refractarias al militarismo, hasta ahora, se está probando que penetra la fiebre militarista.

En Alemania, unos políticos socialistas, y no de los menores, han declarado en la tribuna del Reichstag que, en caso de guerra, ningún socialista alemán faltaría al llamamiento.

En Inglaterra, un socialista como Blatchford, ha publicado un libro que hace ruido: *El peligro alemán*, que es un directo llamamiento a las pasiones patrioterías, y el Congreso del *Labour Party*, con Hidman, ha votado el aumento de la marina de guerra.

En Francia misma *tenemos a Jaures*, que, olvidándose del grito tradicional de su partido: «¡Antes la insu-

rección que la guerra!», so pretexto de organizar el «ejército nuevo», propone *que se militarice a nuestros hijos desde la escuela primaria*, y se exija que todos los abogados, médicos, profesores, producidos por la burguesía, sean oficiales, y predica, con su habitual elocuencia, *¡el retorno a las tradiciones patrióticas y guerreras de 1792!*

Contra ese despertar de las pasiones patrioteras es necesario defenderse ahora.

Para eso no hay más que un único medio: Instruir al pueblo acerca de la verdadera situación de Europa; acostumbrarle a descubrir, bajo los conflictos diplomáticos, las intrigas de los hombres de negocios, mostrándole, bajo los hermosos términos *Honor, Patria, Seguridad Nacional*, los pedidos, las concesiones y los empréstitos, los cuales son los verdaderos móviles de las guerras. *Y entonces, el día en que se le invite a dejarse agujerear la piel en las llanuras de Bélgica para asegurar los dividendos del Creusot*, se producirá una tan formidable conmoción en la conciencia popular, no sólo entre los obreros, sino también entre los campesinos y los modestos burgueses, que la oligarquía financiera echará pie atrás, y los hombres de rapiña se detendrán en los umbrales de su crimen.

Es la única probabilidad de paz que nos queda...

¡Atrévanse a decir la verdad los hombres de corazón!

París y Mayo de 1911.

Nestor E. CARRICO

RESUMEN DEL TOMO I DE LA OBRA «EL ENIGMA DE LA GUERRA»

El lector habrá observado que nuestra exposición, con las deducciones consiguientes, emana casi en forma exclusiva de fuente inglesa y francesa. De la documentación contenida en los libros azul (inglés), amarillo (francés) y anaranjado (ruso) resulta comprobada con evidente claridad esta situación:

1) Alemania, apoyada por Inglaterra, venciendo la resistencia de Austria-Hungría, logró inducirla a reconsiderar en conferencias directas con Rusia, el fondo del ultimátum a Serbia, transmitiéndole también una nueva propuesta de mediación de Inglaterra.

2) Al día siguiente de haber mostrado Austria-Hungría su condescendencia, Rusia, que desde un principio se había declarado marcadamente hostil a ésta, ordenó, a pesar de las repetidas advertencias de Berlín, la movilización general, sabiendo que ella traería la guerra con Alemania.

3) Los pretextos alegados por Rusia para este paso carecen en absoluto de fundamento. Serbia fué la primera en movilizar, las demás potencias siguieron y Alemania fué la última.

4) El partido guerrero se impuso en Rusia después de haberse recibido de Francia, el día 29 de Julio, la promesa de combatir al lado de su aliada.

5) Francia, que no había hecho nada para detener a

Rusia en su actitud belicosa, dió esta promesa recién cuando en virtud del informe de su Embajador en Londres, el 29 de Julio, creyó estar segura de la ayuda armada de Inglaterra.

6) La opinión pública en Inglaterra era refractaria a una guerra por la causa serbia, pero planteado el conflicto por el convenio naval con Francia y por la cuestión belga, el Gabinete británico, con excepción de dos de sus miembros que dimitieron, aprovechó la coyuntura para para decidirse por la guerra.

7) Dos días antes de presentar a Alemania el ultimátum por la violación de la neutralidad de Bélgica, Inglaterra declaró que consideraría como «casus belli» el paso de la escuadra alemana por el estrecho o el mar del Norte. Al erigirse en protectora naval de Francia, la Gran Bretaña estaba decidida a tomar parte en la contienda de todos modos.

8) Por consiguiente la violación de la neutralidad belga no fué más que el pretexto de Inglaterra para justificar su entrada en la guerra.

Ante tales hechos, palmariamente claros y probados, la afirmación de que Alemania quiso la guerra y la provocó, cae por su propia base.

Rusia fué quien la desencadenó con la complicidad de Francia e Inglaterra, pero como sin el auxilio de esta última, a las otras dos, probablemente no habría estallado, de ahí que la indignación del pueblo alemán se dirigiera, ante todo, contra Inglaterra.

SUPLEMENTO

“El Enigma de la Guerra”

por
NÉSTOR E. CARRICO.

ÍNDICE

de los 10 tomos de la obra:

- I. En vísperas de la guerra. Actitud de las potencias.
- II. Antagonismos étnicos:
Austria-Hungría,
Rusia,
Los Balkanes.
- III. Ecce Albión:
La política marítima inglesa,
El dominio cablegráfico,
La psiquis inglesa,
y otros capítulos.
- IV. Francia y la latinidad:
La psiquis francesa,
Derecho, libertad, justicia,
La cultura latina y la germana se complementan.
- V. El error de Italia.
- VI. La leyenda de las atrocidades.
- VII. La «bárbara» Alemania.
- VIII. Bélgica y su neutralidad.
Beligerantes y neutrales.
- IX. La solución del enigma.
- X. Sorpresas, consecuencias y enseñanzas.

SUPLEMENTO

“La Significación de Alemania en la Guerra Europea”

por

el Dr. **JUAN P. RAMOS,**

Profesor suplente de la Facultad de Derecho
de la Universidad de Buenos Aires.

BUENOS AIRES. 1915.

ÍNDICE DE LA OBRA:

El descubrimiento de una nueva Alemania.

La difamación universal de Alemania.

La situación de Alemania.

El peligro alemán.

Literatura de Actualidad.

- N.º 1. «Skagerrak» la batalla naval más grande de todos los tiempos.**
Acaba de publicarse. Con ilustraciones y planos.
Precio..... \$ 2,40 Para provincias.... \$ 2,60
- N.º 2. El primer viaje del submarino mercante «Deutschland».**
Por Paul Koenig, capitán del submarino.
Folleto de 142 páginas, con ilustraciones, recién publicado.
Precio..... \$ 2,40 Para provincias.... \$ 2,60
- N.º 3. Las hazañas del crucero alemán S. M. S. «Moewe».**
Por su Comandante, capitán de corbeta, conde de Dohna Schlodien.
Folleto de 102 páginas, con ilustraciones, recién publicado.
Precio..... \$ 1,80 Para provincias.... \$ 2,00
- N.º 4. La significación de Alemania en la guerra Europea.**
Por el doctor Juan P. Ramos, profesor suplente de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires.
Folleto de 115 páginas, publicado en Buenos Aires.
Precio..... \$ 1,80 Para provincias.... \$ 2,00
- N.º 5. La guerra actual. Apuntes y enseñanzas por el general argentino Uriburu.**
Folleto de 75 páginas, con planos, editado en Buenos Aires.
Precio:..... \$ 1,80 Para provincias.... \$ 2,00
- N.º 6. El enigma de la guerra.**
por Néstor A. Carrico.
10 folletos, c/u. de más o menos 80 páginas.
Hasta hoy día se han publicado los tomos I hasta V.
Precio de cada tomo... \$ 1,80 Para provincias.... \$ 2,00
Precio de los 5 tomos. \$ 7,50 Para id. \$ 8,00
- N.º 7. Hacia Siberia con cien mil alemanes. Cuatro meses prisionero de guerra en Rusia.**
Por K. Arám.
Folleto de 155 páginas.
Precio..... \$ 3,00 Para provincias.... \$ 3,20

- N.º 8. La guerra que se aproxima.**
 Por Francis Delaisi. Reimpresión de «La
 «Guerre Sociale». París. 1911.
 Edición A, con prólogo, folleto de 80 páginas.
 Edición B, sin prólogo, folleto de 56 páginas.
 Edición A. Precio. \$ 0,40 Para provincias.... \$ 0,50
 Edición B. Precio. \$ 0,30 Para provincias.... \$ 0,40
- N.º 9. Las Repúblicas sudamericanas: Chile, Argentina y Uruguay**
 ante la guerra, en defensa de su soberanía
 y su neutralidad.
 Folleto de 78 páginas, con fotografías de los auto-
 res de los artículos que forman su contenido.
 Precio..... \$ 0,40 Para provincias.... \$ 0,50
- N.º 10. Crónicas y Diálogos.**
 Por Jacinto Benavente.
 Folleto de 372 páginas.
 Precio..... \$ 2,00
- N.º 11. La nación alemana.**
 por Armando Donoso. Santiago. 1914.
 Folleto de 64 páginas.
- N.º 12. Amistad hispano-germana.**
 Con un Prólogo de Jacinto Benavente.
 Libro de 267 págs. con las fotografías de S. M. el
 Rey Don Alfonso XIII, y del Emperador Guiller-
 mo. Barcelona. 1916.
- N.º 13. A través de la Europa en guerra.**
 Conferencias dictadas en Santiago por don
 Ricardo Cox Méndez.
 Folleto de 145 páginas Precio..... \$ 0,60
- N.º 14. La verdad de la guerra.**
 Por Houston Stewart Chamberlain.
 Folleto de 48 páginas. Barcelona. 1916.
 Precio..... \$ 0,50
- N.º 15. ¿Crímenes alemanes?**
 Por el Dr. M. Kuttner.
 Folleto de 72 páginas. Precio..... \$ 0,60

Las obras comprendidas entre los números 1-10 están en venta
 en las principales librerías de Santiago y Valparaíso.

De los números 11 y 12 quedan pocos ejemplares.

Para las obras números 13-15 y para pedidos de provincias di-
 rigirse a la COMISIÓN CENTRAL, Santiago, Casilla 3004. Los pe-
 didos por mayor tendrán una rebaja convencional.

Santiago, Julio de 1917.

LA COMISIÓN CENTRAL
 Calle Bandera 575. Oficina 35.